

GENIIIT

sociología
ciencia - literatura



L
E
V

D
E

I
M
P
R
E
N
T
A



- Plácido Bravo : Hoja por hoja.
 Ildefonso : «La Protesta» en su 65 aniversario.
 Puyol : Tarayuela.
 Abarrategui : Alas sin cielo.
 F. Ocaña : El hombre y los complejos del mundo autoritario.
 Dr. Arthur Samuel Jones : El encarcelamiento de Thoreau.
 Fontaura : Tierra y sol de Levante.
 Conrado Lizcano : La cultura y la dictadura.
 Angel Samblancat : Repúblicas y Rehídepúblicas.
 Denis : El editor.
 Herbert Spencer : Hombre y mujer.
 Max Nettlau : Eliseo Reclus y Miguel Bakunín.
 Victor García : El pensamiento anarquista (folle-tón).

A medida que pasan los días el problema de la libertad en España se presenta más agudo. Su solución más apremiante.

La libertad de prensa es, quizá, el primero que deberá ser considerado y que deberá permitir que los españoles se expresen libremente sin que ello conlleve la idea de delito ni el riesgo del castigo.

Claro que con el régimen actual, ninguna «liberalización» puede ser efectiva, ya que todo el aparato de represión está, cual espada de Damocles, dispuesto a «evaporar», según expresión de Orwell, al primero que ose levantar el dedo.

141

SEPTIEMBRE - 1962

REVISTA MENSUAL
PRECIO: 100 NT



NUESTRA PORTADA

Pero una cosa es cierta, que los directores de prensa podrían atreverse a muchas cosas. No se atreven por el temor, no se atreven porque no hay valentía, no se atreven, como no se atrevieron los escritores rusos a protestar en favor de Pasternak cuando éste fue condenado por sus gobernantes.

De tal forma, que bien podemos decir, sin peligro de yerro, que la peor ley contra la libertad de prensa en España es hoy la docilidad y falta de dignidad de los encargados de prensa.

Para los libertarios la conciencia de un encargado de prensa debe estar por encima de las leyes.

Para alentar a unos, para sondear a todos, para poner a prueba a muchos, el exilio tendría su papel a jugar en este sentido. Ya hay, según se dice, quien lo juega, aunque muy tímida y parcialmente, el Movimiento Libertario también debería prestar a este asunto la atención que merece.



REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XII

Toulouse, Septiembre 1962

Nº 141

HOJA POR HOJA

INMORTALIDAD O TRASCENDENCIA

El alma humana es inmortal. Cuando el hombre exhala su postrer suspiro, si muere en gracia, su alma se escapa hacia dos regiones distintas. (Que la fantasía de unos hombres sitúan no sé dónde, puesto que ni geógrafos ni astrónomos aún no han localizado.) Una de ellas es el llamado paraíso; allí sola especie, pues la vida pasajera es el *ma pura e immaculada gema*. A otra, apodada purgatorio —lugar donde se purgan empachos y espulgan pecados—, es la morada de pecadores mediocres, condenados temporalmente.

Hay una tercera destinada a los que mueren en desgracia y sin pizca de salvación; aquellos que su alma podrida sale disparada como un cohete hacia la región infernal, los condenados a tormentos perpetuos y que no merecen siquiera la certeza descargada de un fusil.

Así se expresaba el profesor de teología en la tribuna de cierto instituto libre.

Cabe decir que esto sucedía en un país de templanza religiosa, y que, como quiera que la disertación del reverendo no tuvo lugar desde el sacro púlpito catedralicio, las versiones contrarias podían ser expuestas sin amenazas ni riesgos inquisitoriales.

Tanto fue así que un auditor juzgó errónea la tesis del célebre teólogo, y en calidad de miembro de cierta secta protestante, protestó de esta manera:

—No, esto no es cierto. El hombre que muere, al cortársele el resuello, de su cuerpo emigra el espíritu, y después de errabundos vuelos por diferentes regiones etéreas, se produce el misterio de la reencarnación; espíritus inmortales que, como las go-

londrinas, vuelven a construir sus nidos en otras regiones, en otros cuerpos de barro tierno.

Y es en este trasiego o transmutación donde reside el principio evolutivo de la especie, pues la vida pasajera es el filtro purificador del espíritu eterno, y es el espíritu quien moldea al hombre cada vez más perfecto gracias a este sagrado e inmutable experimento.

Un ateo también arrimó su tea a la elevada discusión, pero éste la abordó con llaneza, a ras de tierra, y en nombre de la ciencia.

Empezó así:

—¿Por qué esta obstinación de ciertos hombres en querer explicar, cuando no imponer, a los demás lo que ellos ignoran y no siempre creen?

Acepto que ciertas fantasías se enciendan, pero no para pegar fuego al templo de la razón edificado por la ciencia y la técnica.

Yo no niego la existencia de ciertos problemas muy complejos, pero confiar su solución a la fantasía nada resuelve y mucho complica. Tales como el origen de lo que parece nacer y vivir, y el destino de lo que se nos antoja que muere y desaparece.

Para mí sé que todo lo que el hombre es o hace no es transferible ni

transmutable, ni luce ni trasluce. Pero lo cierto es que todo lo que se forma es a base de transformaciones.

Así yo no comprendo este lenguaje que habla de eternidades, de inmutabilidades o inmortalidades. Yo digo transcendencia relativa.

Hay que vivir al día, pero pensando que la noche se nos viene encima, es decir, que la mejor manera de vivir el hoy es trabajando para el mañana.

Hemos recibido una herencia de nuestros ascendientes, hagamos de manera que este patrimonio transferible vaya en constante aumento.

Pues, cuando el hombre y el árbol mueren, queda algo más que ceniza o polvo, gusanos o fiemo. Cuando se retira la savia del árbol, que sus ramas se despellejan, sus cuatro hojas raquíticas se desprenden y las raíces se quedan secas, aun algo queda: la semilla de sus frutos; su esqueleto será, previa transformación por las manos del hombre, soporte de nuestra cama, rellano de la escalera, tablero de nuestra mesa, y el hombre pervive por sus obras, sus ideas y sus sentimientos, si ellos sin ser inmortales, logran por lo menos cierta transcendencia. Ejemplos: el canal por sus manos abrieron para regar la abrasada vega. El árbol que planta. El puente tendido sobre el anchuroso río. El trazo del camino para facilitar el tránsito entre las dos ásperas vertientes. En fin, el pensamiento impreso, el arte concretado en el mármol, en la partitura o en la tela.

Y grato recuerdo aquella sonrisa del niño ingenuo. Y horrible el del tirano que sonreía ante el montón de víctimas. Pero ninguno de ellos llega a la categoría de imperecederos.

PLACIDO BRAVO



VOCEROS DE LA ANARQUIA

POR ILDEFONSO

« La Protesta » en su 65 aniversario

Continuación

DOS DIARIOS ANARQUISTAS EN UNA MISMA CIUDAD

Sin que se disminuya la importancia de **La Protesta** diario, se puede agregar hoy que **Umanitá Nova** fue diario en algunos cortos periodos; **Solidaridad Obrera** fue diario a partir de 1931 en Barcelona; encontraríamos en España otros títulos en breves periodos sin contar el de 1936-39, época excepcional en la que aparecieron varios diarios regionales. Las circunstancias en que aparecieron obligan a una mención de otro orden, desde el punto de vista comparativo. No olvidamos **Abertarem**, en Suecia. Pero no se trata de una publicación específicamente anarquista y en la actualidad no es ni siquiera diario.

Desde la fecha del trabajo de Max Nettlau, **La Protesta** se mantuvo tres años más como diario, hasta el mes de septiembre de 1930, en que su imprenta fue clausurada por los esbirros del general Uriburu. Continuó apareciendo cierto tiempo clandestinamente, sufriendo las consabidas peripecias. Gómez, el administrador que sucedió en el cargo a Torrente, se encargaba de la impresión nocturna y sacaba los paquetes por la carbonera. Finalmente fue detenido y deportado. Le vimos por última vez en La Coruña, en 1935, así como a Seoane, otro militante de la administración de **La Protesta**. Gómez volvió a Buenos Aires clandestinamente acariciando la idea de sacar el periódico. Son otros tiempos y otros recuerdos...

Llegó el momento en que un solo diario era insuficiente. Prueba irrefutable de la importancia del dinamismo de un movimiento que logró hacer mella en la historia del movimiento social en América del Sur y al que podemos dedicar en esta nota todo el espacio y atención que se merece. José Ingenieros, profesor y escritor insigne, dejó páginas elocuentes de un testimonio histórico objetivo, en las que se refiere a la influencia que el movimiento anarquista ejerció en el desarrollo social y cultural del país. Citamos a Ingenieros por su probidad y porque no perteneciendo al movimiento anarquista no puede ser sospechado de partidismo. Por su parte, E. Gilimón dejó un volumen de notas vividas. M. Nettlau nos ofrece una labor de erudito. D. A. de Santillán dedicó largo espacio a historiar el movimiento anarquista, la F.O.R.A., **La Protesta** y otras particularidades. Sus trabajos son los del militante que ha tomado posición en el vasto campo de matices, de variedades, de contradicciones a veces, que ofrece un movimiento rico

en incidencias no pocas veces apasionadas y personalistas.

En el 1910 se constata que un solo diario no cubre las necesidades crecientes del movimiento obrero y anarquista. Considerado el problema se decidió lanzar otro diario impreso en los mismos talleres. **La Protesta** continúa como órgano matutino y se funda **La Batalla** como diario de la tarde. Su primer número aparece el 7 de mayo de 1910.

No fue ésta la única vez que **La Batalla** apareció como diario. En 1920, habiéndose clausurado una vez más **La Protesta**, se trató de sustituirla con **La Batalla**. La policía la suspendió a los pocos días. En 1921 se lanzó **Tribuna Obrera**, diario por los mismos motivos.

Dos diarios anarquistas en una misma ciudad constituye un precedente extraordinario. Sobre todo si se tiene en cuenta que al mismo tiempo continuaban apareciendo en la propia ciudad de Buenos Aires (y en el resto del país) una cantidad respetable de periódicos — semanales o mensuales — órganos de grupos unos y de gremios de la F.O.R.A. otros.

Esta situación no fue muy duradera. Se celebraba ese año el Centenario de la Independencia, fecha de constitución de la República Argentina. Los conflictos sociales habían recrudecido considerablemente y la F.O.R.A. anunciaba la huelga general para los días festivos del Centenario, como un desafío directo al Gobierno por su intervención brutal en las lides obreras.

A fines de abril de 1910 las calles de Buenos Aires se hallaban invadidas por la policía y por el ejército. Todas las fuerzas públicas se hallaban en pie de guerra. A pesar de ello las acciones de protesta y las manifestaciones callejeras se sucedían « in crescendo ». La prensa burguesa informaba del desarrollo de una manifestación a la que acudieron más de 50.000 participantes, lo que en aquel tiempo representaba una cifra enorme. El Gobierno teme por su propia seguridad y toma medidas de emergencia. El 13 de mayo se desencadena la reacción, se allanan locales y domicilios, se encierra a los militantes y se los apalea en los locales de la policía. El 14 de mayo asaltaban e incendiaban la imprenta en que se imprimían **La Protesta** y **La Batalla**. Vuelta a la clandestinidad. A la reconstrucción paciente de toda la obra...

★

Se sucedían muy a menudo escaramuzas callejeras sangrientas. Tres hechos graves figuran en la historia negra del país con anterioridad a 1930. Los del 1 de mayo de 1909, los de la « semana trágica » de 1919 y los de la Patagonia en 1921, que

empalideció por su barbarie la matanza de obreros en Gualaguaychú.

El 1 de mayo de 1909 tenía lugar una manifestación en la Plaza de Mayo. Provocados por la actitud violenta del jefe de las fuerzas del «orden» se produjeron algunos incidentes. El coronel Falcón ordenó tirar contra los manifestantes. Se recogieron 8 muertos y 105 heridos. Se declaró la huelga general de protesta y durante ocho días menudearon los tiros, los heridos, las detenciones... El 14 de noviembre Simón Radowitzky lanzó una bomba contra el auto del jefe de Policía, el coronel Falcón. Este y su secretario, Lartigau, murieron en el acto (4).

El 7 de enero de 1919 se produce un choque sangriento frente a los talleres metalúrgicos Vasena. Resultaron cuatro muertos y veinte heridos. La indignación fue incontenible. La manifestación que acompañó a las víctimas al cementerio terminó en verdadera insurrección popular. Huelga general revolucionaria, asalto a las Comisarias de barriada, barricadas en las calles, tiroteos a todas las horas. Según las cifras burguesas el balance de los hechos que se desarrollaron durante una semana se saldó con 700 u 800 muertos, unos 4.000 heridos, 555.000 obreros detenidos.

Durante varios días **La Protesta** apareció en dos ediciones diarias exhortando a la lucha armada y a la revolución. El 14 de enero se clausura la imprenta pero el 21 el diario vuelve a aparecer. Al mismo tiempo aparecía semanario **La Obra**, de Antilli-R. G. Pacheco, el semanario **El Burro**, con cerca de 40.000 ejemplares de tiraje y **Bandera Roja**, con 20.000 ejemplares semanales. La semana sangrienta de enero de 1919 pudo convertirse en la soñada revolución...

Todo a lo largo de 1921 tuvo lugar en la Patagonia un movimiento huelguístico de suma importancia. Lo habían desencadenado los braceros,

(4) Espíritu puro, dotado de una extraordinaria sensibilidad y de una gran entereza moral, Simón Radowitzky llegó a ser un símbolo viviente del principio de libertad, del derecho a la rebeldía y de una moralidad fraterna y solidaria. De origen ruso participó de muy niño en la lucha social. En su cuerpo persistían cuelladas de heridas recibidas en 1900. Semejaba a una paradoja el afirmar que atentó contra Falcón en un exceso de bondad. Nadie que le haya conocido y tratado podrá negarlo. Pasó más de veinte años en Tierra del Fuego, terrible penal situado en el extremo argentino. Sufrió allí torturas y castigos y se consideró un milagro de resistencia física el que haya salido indemne. Fue el «alma buena» de los presos y el abanderado de cada protesta contra los carceleros. Hubo intentos de fuga. Junto con Barrera — que fue a rescatarlo — llegaron a las aguas chilenas, pero fueron entregados a las autoridades. Veinte años de campañas populares culminaron en su libertad, a condición de vivir fuera del país. Residió en Montevideo cuando estalló la revolución en España. Allí acudió. De los campos de concentración franceses marchó a México donde falleció en 1956. Varios folletos registran su historia. Agustín Souchy firma una recopilación de documentos en homenaje póstumo.

obreros de la tierra, sujetos a condiciones inhumanas en una región por entonces poco menos que inhóspita. El gobierno envió como pacificador al teniente coronel Varela. La matanza fue terrible y el procedimiento «ejemplar». Los prisioneros debían abrir su propia fosa y se los fusilaba con la pala en las manos. Los heridos sufrían suerte más horrible. Apilados, rociados con petróleo, quemados vivos... El país entero sufrió una gran conmoción ante la llegada de noticias tan espeluznantes. Un obrero alemán, Kurt Wilkens, lanzó una bomba contra Varela (5).

COMPLEMENTO DE ACTIVIDADES.

EL SUPLEMENTO. EDICIONES

Sin desmerecer el entusiasmo ni la aportación de ninguno de sus fundadores y continuadores, se puede decir que el doctor Juan Creaghe, de procedencia inglesa, fue durante largo tiempo el «alma mater» de la publicación. Nervio impulsor y mentalidad constructiva, inclinada a las realizaciones metódicas, concretas. Acariciaba la idea de adquirir un terreno y construir un gran edificio para el periódico, dotando el taller de todos los materiales modernos. No se llevó a cabo iniciativa tan amplia pero se adquirió una imprenta que fue enriqueciéndose en máquinas y materiales hasta convertirse en una Editorial de importancia. Este esfuerzo se repitió reiteradas veces a través de la larga historia de **La Protesta**. Cada vez que la imprenta fue destruida por las hordas patrióticas o por los comandos policiales.

Repetidamente, como en la leyenda de Sisifo, se recomenzaba la labor modesta, concienzuda, pertinaz, de reconstruir una casa de ediciones. Y volvía a salir el diario, se lanzaban otras ediciones. Hubo folletos que se editaron repetidas veces en tiradas que cada una alcanzaba de 10.000 a 50.000 ejemplares. Se vendían a los militantes en paquetes de 100 ejemplares para repartirse gratuitamente. Alguno de estos folletos, como el de Anselmo Lorenzo, «El banquete de la vida», sumaba 64 páginas. Los títulos más repetidos eran los de «En el Café», «Anarquía», «Entre campesinos», de E. Malatesta; «A los jóvenes», de P. Kropotkin; «A mi hermano el campesino», de E. Reclus; algunos títulos de S. Faure, de J. Grave; de R. Rocker, como «La maldición del practicismismo»; tenía

(5) El acto de Kurt Wilkens mereció la simpatía popular. Tanto por su significación como por su delicadeza. Durante varios días retardó su gesto para no herir a una niña que acompañaba a Varela hasta el vehículo que le conducía. Finalmente tiró el artefacto cubriendo a la niña con su cuerpo. Varela murió y Wilkens quedó herido de gravedad. Wilkens fue ejecutado en la cama en la enfermería de la Penitenciaría. Un carcelero le mató a tiros de fusil. Se hizo pasar al carcelero por irresponsable y en previsión se le condujo al manicomio. Hubo un vengador que integró el manicomio haciéndose pasar por enfermo y en el establecimiento ejecutó al ejecutor de Wilkens.

repetidas ediciones la «Carta gaucha», de Juan Crusso, redactada en un lenguaje popular... (6).

La empresa editorial más importante se reafirmó en 1925, al iniciarse la publicación de las «Obras completas de M. Bakunin». Se llegaron a editar cinco volúmenes de los diez programados por M. Nettlau y que jamás han logrado editarse en ninguna lengua. Se lanzaron dos gruesos volúmenes con la biografía de Johan Most, por R. Rocker; de M. Nettlau se editó una vida de Malatesta; «Documentos inéditos» (sobre la Internacional); «Miguel Bakunin y la Internacional en España»; etc., etc. Seguía una colección de utopías que comenzó con «Noticias de ninguna parte», de William Morris, seguido de «El Humanisferio», de J. Dejacque; en otra colección figuraban «Mi comunismo» y «Temas subversivos» de S. Faure; «Certamen Internacional de La Protesta»; «Cartas a una mujer sobre la anarquía», de Luis Fabbri (encuadrado en tela); «Influencias burguesas en el anarquismo», de Luis Fabbri; etc., etc. Esta labor, animada por D. A. de Santillán, fue truncada en pleno apogeo en 1930 por la dictadura de Uriburu.

No poseemos índice completo de las ediciones de **La Protesta**, como no lo poseemos en cuanto a los libros y folletos publicados por otras editoriales paralelas. La Editorial Argonauta, en la misma época que **La Protesta** editó «Artistas y rebeldes», de R. Rocker y varios folletos del mismo autor, del que recordamos «Anarquismo y bolchevismo»; de Luigi Fabbri un grueso volumen titulado «Dictadura y revolución» y varios trabajos menores; de Archinoff publicó su «Historia del movimiento maknovista»; de Pierre Ramus «La nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico»; de D. A. de Santillán «El movimiento anarquista

(6) El medio social crea sus tipos clásicos y característicos. La extensión territorial argentina, sus pampas semi-desiertas y el método de explotación de la tierra en uso hasta hace poco, habían dado nacimiento al «croto» y al «linghera». El primero eludía el trabajo tanto como le era posible. El segundo gustaba cambiar de lugar y de ocupación. Ambos recorrían el país de extremo a extremo valiéndose de todos los medios posibles: a pie, a caballo o en tren garguero. Estos elementos andariegos constituía un magnífico sistema para la circulación de noticias y para la difusión de ideas. Muchos propagandistas adoptaron el procedimiento y de esa forma el anarquismo se extendió por todo el inmenso territorio. Crotos y lingheras llevaban a la espalda una especie de mochila con algunos alimentos, el consabido mate, la yerba y la bombilla. Pero llevaban sobre todo una sobrecarga de periódicos y de folletos. Los compraban por centenares para repartirlos gratis en sus correrías. Aprovechando los puentes de ferrocarriles tenían costumbre de practicar una cavidad en el muro, colocaban unas tablillas y depositaban folletos, periódicos, manifiestos y hasta algún libro. Los que pasaban tenían ocasión de leer el material de propaganda. En las estancias buscaban conversación con la peonada y practicaban su siembra verbal y escrita.

en la Argentina» (desde sus comienzos hasta 1910); etc., etc.

Las ediciones de Bautista Fueyo, iniciadas casi a principios de siglo (Bautista Fueyo fue uno de los administradores de las primeras épocas de **La Protesta**) cuentan por decenas, tanto en folletos como en libros. Resulta irrisorio citar algunos, pues requeriría varias páginas de paciente catálogo citar todo lo que Fueyo llegó a editar o reeditar, sea en originales españoles o en traducciones de diferentes lenguas. Publicó tanto o más que entre todos los grupos editores, agregando a éstos las iniciativas aisladas que se limitaban a un par de títulos o así.

..

Con posterioridad a 1930 y a pesar de las situaciones críticas por las que atravesó el país, las iniciativas editoriales continuaron. Entre las más importantes se sitúan **Nervio** (revista, libros, folletos); **Imán**, (continuadora de **Nervio**); **Reconstruir** (publicación quincenal — hoy revista mensual — y además folletos y libritos de un centenar de páginas); **Radar** (continuación de ediciones **Reconstruir**); **Tupac** (continuadores de **Argonauta** y de **La Obra**); ediciones diversas de grupo ocasionales; actualmente, además de las dos últimas citadas: **Proyección**.

Eliseo Reclus, en su prólogo a la «Bibliographie de l'Anarchie», de Max Nettlau, editada en 1897, se declara asombrado ante la proliferación de la literatura anarquista, ya en aquellas épocas, presentada a través de un ensayo que el propio autor consideraba incompleto: «Por mi parte confieso — dice Reclus — que no sabía que éramos tan ricos: la importancia que asume esta compilación, aun incompleta, me ha sorprendido grandemente.»

No obstante nuestra literatura es poco conocida del gran público. Las ediciones son reducidas, no logrando cada título gran popularidad; infinidad de ocasiones imprentas, librerías y depósitos, han sufrido confiscación y los volúmenes se han quemado o destruido; un tanto descuidados somos y no se procura que de cada edición se guarde vestigio en archivos públicos o privados o en bibliotecas apropiadas. De ahí surge la gran dificultad para nuestros historiadores y biógrafos que intentan trazar la historia de los movimientos sociales de tendencia anarquista. De ahí parten también nuestras dificultades de reedición. Todo ello redundando en perjuicio de la propaganda y resta facilidades para la reconstrucción de nuestro movimiento en las ocasiones y países en que, como Argentina, Italia, Francia (mañana España), se ha de partir casi de cero para reemprender un difícil proselitismo.

EL SUPLEMENTO DE «LA PROTESTA»

El 1 de mayo de 1908 aparece por primera vez **El Suplemento de La Protesta**. Se presenta en forma de revista y salen once números en ritmo mensual. La imprenta fue devastada determinando la suspensión del **Suplemento**. Al mismo tiempo se publicaba el semanario **La Mentira** y otros perió-

dicos en la capital y provincias. Nada de esto perjudicaba a **La Protesta** diario. Por el contrario, todos se complementaban.

No era nueva la iniciativa de un suplemento que pudiera abordar otros problemas que los candentes de la lucha diaria. Ya en 1905, Alberto Ghirardo publicaba la revista semanal **Martín Fierro** que, con el mismo título pasó a ser suplemento semanal de **La Protesta** a partir de principios de octubre. Simultáneamente Federico Gutiérrez, ex-oficial de policía convertido al anarquismo publicaba la revista **Hierro**. Tiempo más tarde, Alberto Ghirardo fundaba la revista **Ideas y Figuras**, así como J. Maturana, en 1912, lanzó la revista **Nuevos Caminos**. Vale decir que cuando el **Suplemento** se suspendía, forzado por las circunstancias, no faltaba una revista que le suplantara. Y más de una vez aparecían dos o más revistas simultáneas.

En 1915 aparecen cuatro números quincenales de **La Obra** (a título de suplemento de **La Protesta**) con 16 páginas en forma de revista. En enero de 1922 reaparece el **Suplemento** como semanario ilustrado. Llega así hasta el número 255, en diciembre de 1926. A partir de entonces se publica como revista quincenal, de 32 páginas, hasta 1930.

Constituyó **El Suplemento de La Protesta** una de las publicaciones más importantes del anarquismo internacional a causa de los estudios y polémicas suscitados desde sus páginas. Interventaban en ellas las plumas más avezadas del movimiento anarquista de todos los países. Su sección literaria era cuidada y selecta (se traducía a Mirbeau, Han Ryner, Multatuli, etc., incluidos textos escogidos en castellano) y la poesía hallaba buena acogida. Una sección de crítica e introducción al arte en sus manifestaciones diversas, aportaba un serio complemento de cultura. Leo Campión enviaba críticas de teatro, ensayos literarios, todo ilustrado con sus propios dibujos. Las ilustraciones eran escasas pero selectas. En sus páginas conocimos el nombre de Holbein y gustamos la sátira incisiva de Groos...

Han aparecido dos números del **Suplemento**. Uno en septiembre 1957 (60 aniversario) y otro en octubre 1960, 64 páginas (compendio 1957-60), con la intención de continuar publicándolo.

SU SESENTA Y CINCO ANIVERSARIO

En ocasión del sesenta y cinco aniversario de **La Protesta** hemos considerado oportuno trazar esta nota de homenaje y de fraterno recuerdo. Su nombre se halla estrechamente ligado a la Historia del Movimiento Anarquista y Obrero Argentino; de la F.O.R.A.; de los internacionalistas que le dieron vida, orientación, raigambre e impulso; de toda América del Sur, alentada e inspirada por sus páginas y por la proyección considerable del movimiento obrero argentino. La elaboración de esta historia reclamaria varios volúmenes nutridos, ricos en incidentes y sobre todo en enseñanzas siempre útiles para trazar el futuro.

En varias épocas **La Protesta** fue órgano oficial de la F.O.R.A. Muy a menudo mantenía una ce-

losa independencia. He aquí cómo explica la cosa E. Gilimón, en «Hechos y comentarios» (pág. 54).

«En agosto de 1906 un núcleo de anarquistas indicó a la redacción la conveniencia que había para la continuidad del diario, que cediera su lugar a otros elementos. La Redacción tomó en cuenta lo indicado y resolvió entregar **La Protesta** a la Federación Obrera. Aunque la Federación Obrera había en todo tiempo marchado con **La Protesta** y para todos el diario era un órgano oficioso de ella, la resolución de los redactores — o mejor dicho, director — fue acogida con general desagrado y protesta —. La Federación tenía un matiz anárquico, pero en su esencia era un organismo obrero, dentro del que había trabajadores sin ideales sociológicos y había socialistas. **La Protesta**, como diario perteneciente a la Federación corría el riesgo de dejar de ser una publicación anarquista, a nada que predominasen en ella elementos que no tuvieran el ideal anárquico. Entre los mismos anarquistas de la Federación se tuvo esto presente, y en una reunión a la que asistieron delegados de las sociedades de resistencia y de los grupos anarquistas, se resolvió que el diario continuase siendo independiente de la Federación...»

El órgano efectivo de la F.O.R.A. — que en ocasiones sirve de relación interna y en otras asume su representación pública — fue en sus años iniciales **La Organización**. Más tarde se llamó **Organización Obrera**. Así sigue llamándose en la hora actual en que de nuevo es órgano público de la Federación.

En sus últimos tiempos **La Protesta** era órgano efectivo y oficial de la F.O.R.A. Tras largos períodos de clandestinidad la F.O.R.A. comenzó a reconstituirse, debatiéndose en amargos conflictos internos. Desde hace una decena de años **La Protesta** aparece como órgano independiente. Como simple hoja a multicopista primero, pasando por varios formatos y diverso número de páginas, de 8 a 16, en ocasiones semanal, en otras quincenal, se publica hoy a intervalo mensual y con ocho páginas. Corresponde a los grupos anarquistas que la animan y mantienen. Pero siempre aparece en orientación solidaria hacia la F.O.R.A. Reiteradas veces desde la caída de Perón, la F.O.R.A. ha sugerido a su grupo editor el integrar la publicación a la aguerida organización obrera. En verdad, dada la situación interna, de este organismo, los tiempos no están maduros para una reintegración efectiva de **La Protesta** a la F.O.R.A.

Existen actualmente en Argentina varios organismos de calificación anarquista y varias publicaciones. La enumeración de cada entidad y de cada publicación, con sus respectivas características funcionales y de orientación reclama estudio aparte y desborda los límites de este trabajo.

La Protesta se halla hoy lejos de sus años mozos y carece de imprenta propia. Sometido como estuvo el movimiento obrero y anarquista de la Argentina a más de 35 años de sucesivas dictaduras de los más variados signos, las filas diezmaradas por las persecuciones, encarcelamientos, deportaciones o asesinatos de sus mejores militantes. Se

TARAYUELA

TARAYUELA, un puñado de casas a la terminación de una cuesta, con coscojas y liecos terrazgos a las orillas. Tras la subida los poyales de la iglesia, cabe la cual destaca un pobo mayúsculo, invitan a descansar.

El pequeño burgo, sin nada de particular, es de una simplicidad manifiesta: el pobo, he aquí lo más conspicuo de Tarayuela. Merece cartel en el tronco con los datos de la plantación, conocida la importancia que todo árbol tiene.

Ignoro lo que vive el álamo blanco, el ciprés muchos años.

Los juegos u hogares de Tarayuela pasan de un ciento, dos partes lo menos vacantes, así como las corralizas en las que el señor de la comarca encerraba al pie de un millar de corderos. Los pastores y los rabadanes son partidos entre la pobre gente ociosa que se moría de hambre.

En el señorío de Tarayuela, medio deshabitado, sólo vive la muerte. Casi vale más ser coscoja que persona.

Las puertas de las viviendas están sordas y ciegos sin excepción los vanos.

Superflua es la manida de la fuente que canturrea geurgicas.

Huello de animal duendo — perros, gallinas, caballerías — no se ve por ninguna parte: lo informe, lo incorpóreo, sólo está presente. Clima opesarante. Sobrecoje la soledad, atemoriza la quietud, impone el silencio. La nota pardusca de la tierra domi-

na en todo. ¡Todo cuán viejo y desagradable! Sólo el sol brilla en un cielo limpio de nubes. ¡Ni chimenea humeando! ¿Estará Tarayuela deshabitado? ¿Será Tarayuela realmente una pardina? ¿Cómo es que la iglesia está abierta?

Lo primero, la pila seca encajada en la pared. Capillas no hay, las contadas imágenes aparecen enhiestas en ménsulas sencillísimas. El altar mayor es con una pequeña verja de extremo a extremo sobre una grada baja. En medallones de escayola, el «Via Crucis». Un confesonario. En un rincón, las cuerdas de las campanas.

Iconos que parecen seres vivos cansados de estar de pie y como si saltando de las ménsulas fueran a sentarse en los bancos de la iglesia. No hay velas que en-

cender y la lámpara ascendente y descendente no tiene óleo. La sacristía está cerrada con llave.

De nuevo la fuente, el pobo y los poyales. Tarayuela, en inalterable continio, calla. Sin embargo, no es noche aún para tal silencio, a menos que la noche sea infinita en Tarayuela.

Entro de nuevo en la iglesia y toco a rebato. Nada. Nadie. La lechuza lanzando un resoplo y ocultándose detrás de una imagen.

Sí, esto es un lugar sin gente por falta de vida. Esto es una pardina, ingrata e inmisericorde, al remate de una cuesta bordeada de coscojas, donde las casas se desploman con estrépito de vez en cuando como si las abatieran a cañonazos...

PUYOL

Insignes paparruchas

Muchos artículos para el Código civil; muchos artículos para el Código penal, y si para los de moral reúnes los de las diversas religiones (partidos y organizaciones diríamos ahora) que a tu lado se desenvuelven, más la diversidad de leyes especiales y reglamentos laicos de nuestra bienaventurada civilización, creerás que todo eso es algo muy serio, en efecto, si es que no has llegado a adquirir la experiencia necesaria para saber que ese venerable cuerpo de códigos, aparentemente respetable, no es otra cosa que una insigne paparrucha.

Todo eso, amigo, vive en la letra de los textos, pero no en el espíritu de los hombres prácticos que los soslayan y los burla con el más admirable de los desenfadados humanos.

F. LLES



han perdido varios eslabones en la cadena de generaciones; demasiados viejos unos, y los otros jóvenes que se buscan sin hallar el asiento de sus raíces. No se cuenta hoy con fuerzas suficientes para volver a reiniciar de momento su publicación diaria. Se limita hoy, **La Protesta**, a cumplir una función modesta ansiando recuperar su vigor, su posición y toda la influencia de un pasado magnífico y aleccionador.

ILDEFONSO

París, agosto 1962.

ALAS SIN CIELO

CAPITULO SEGUNDO

(El mismo lugar, por la tarde. Elvira plancha ropa. Jaime saca más ropa para lavar de un saco y la amontona en un rincón. Jaime viste camisa azul, de falangista español. Es, según la gente del pueblo, un simple, acaso porque escapando de la trayectoria común de la razón mediocre de las masas, se atreve a expresar ingenuamente el sencillo sentir de su persona. Elvira tiene en él un buen amigo).

JAIME. — ¿Y por qué me tendría que cambiar de camisa, Elvira? Esta y dos más es lo que Auxilio Social le dio a mi madre, además de las dos pesetas y el desayuno diario, después de fregar sus suelos durante dos años. En mi casa no hay ahora más hombre que yo para ganar dinero. Cuando me echaron del sindicato, donde usted sabe que yo era enlace, porque decían que yo hablaba mucho, no culpé de injusticia a la Falange, y eso que me jugaron el poco pan de mi casa. Si llevo más zurcidos de la cuenta, eso a nadie le importa y a mí me da gusto. No sé por qué, pero me lo da. ¿Que es deshonra?

ELVIRA. — Tú haces bien, Jaime. La gente impone el dogma del sol que más calienta así como así. Y a tí por simple, y a mí por loca, nos calienta, digo yo, la luna de un pozo muy hondo, muy sombrío. Sin embargo...

JAIME. — ¿Cuándo va a necesitar más arenilla para fregar las perolas?

ELVIRA. — Todavía me queda. Espera por lo menos una semanita.

JAIME. — ¿Y limones?

ELVIRA. — ¡Qué hermosos eran los últimos que me trajiste!

JAIME (Sacando camisas de buena calidad). Cómo se nota que hay extranjeros en el hotel.

ELVIRA (Sobresaltada). — ¿Ya me mandan ropa de ellos?

JAIME. — Camisas. Y qué camisas. Hasta huelen como hembras perfumadas. Esos extranjeros... Y, mire, tela no les falta. Vea qué largos fondillos. No son estas camisas como las mías, que cuando me agacho se me salen del pantalón.

ELVIRA. — Entonces, es cierto que hay extranjeros en el hotel. A ver Jaime, dame esas camisas. (Se estremece al cogerlas). ¿Tú los has visto?

JAIME. — Pues claro que los he visto. He sido yo quien los llevó de la estación al hotel.

ELVIRA. — ¿Llegaron juntos, digo, el mismo día?

JAIME. — No, pero en un pueblo donde nunca llega un extranjero, cuando no hace mucho que han terminado dos guerras, unos días de diferencia, ¿qué son sino un solo instante? Y eso da mucho que pensar a las almas cuerdas, no a las simples como yo.

ELVIRA. — Las gentes van a volver a ponerme en el blanco de sus manías. Un fuerte vendaval, una inundación cualquiera, la muerte repentina de un niño, todo se vuelve culpa de Elvira, la Gaviota. Mi tía Gertrudis debió ser hechicera de verdad, porque nunca se metieron con ella. ¡Pobre tía!

JAIME. — ¿Es verdad lo que se dice que, cuando la velaban en la caja, los cirios humeaban sin estar encendidos y en la humareda se veían diablos retorcidas?

ELVIRA. — Mira, Jaime, yo misma no sé ya qué es cierto o que es mentira. Yo me pregunto muchas veces si lo que se dice de mí, lo que de mí se ha dicho durante tantos años corresponde o no con la realidad. No es que me importe aceptar una cosa u otra, no hay fiera más inofensiva que la que se ve venir. Lo malo, lo que me asusta, es estar en medio de lo que ignoro. Y es de esa ignorancia de la que quiero huir. Pero, ya ves tú, entre tanta cerrazón, me muevo sin temor de volverme loca, porque de lo que oigo hago mío lo que comprendo y me gusta, para darle a mi corazón, de algún modo, el vuelo que necesita. La gente...

JAIME. — La gente es mucha gente. Ahora, ya ve usted, no llevamos camisas azules más que los que no tenemos otra camisa que ponernos. Perdió la guerra el eje y, sin bandos discretos, todo el mundo se puso de acuerdo para guardar las viejas camisas azules en los sótanos o en los desvanes. Ahora ya no se les ponen multas a quienes dicen « good morning ». Hasta el Padre Hidalgo come chicle y fuma americanos. Las iglesias no saben ya qué hacer con el pobre fundador de la Falange, que debe estar hartito de ver tantas coronas podridas a sus pies. Los de la vieja guardia han visto otro relevo, mucho más abajo que sobre los luceros y se eclipsan entre flechas y yugos de amarga impostura. De mí se reían porque tardé en darme cuenta de que los ideales españoles si no se fuman se esfuman. Pero yo prevalezco, Elvira. Yo tengo redaños. Yo me siento un macho. A mí no me dice nada que otros hayan perdido su guerra para no olvidar que nosotros hemos ganado la nuestra, no sé de qué modo, pero ganada, al fin y al cabo. Y si la hemos ganado, ¿por qué ocultarla cuando creemos que por mostrar nuestros laureles va a venir alguien con tijeras de poder? Dígame, Elvira, ¿no cree usted que si hay alguien que realmente haga guarda sobre algún lucero estará orgulloso de mí, de Jaime Gómez Lafuente?

ELVIRA. — Sin duda alguna. Pero tú sabes que yo estoy al margen de lo que se piensa y de lo

- que se siente. Veo lo que vivo. Y lo que vivo parece extraño a mis apetencias de mujer.
- JAIME. — Usted es de los míos, Elvira.
- ELVIRA. — Contigo nadie se mete.
- JAIME. — Los simples no estorbamos a nadie. Y lo que estorba por ahí es gente que, por demasiado luminosos, den demasiada sombra.
- ELVIRA. — ¿Y qué hacen de las tinieblas?
- JAIME. — Las mujeres son el blanco de todos los tiros de las lenguas, cuando tienen, como usted, la verdadera guapura. Esa guapura se goza con algo más que ojos. Y cuando un marido como el suyo anda siempre fuera no faltan machos que, azuzados por las malas lenguas, vengan a rondarla, permíteme, como algo que, por ser imposible, se hace deseable.
- ELVIRA. — ¿Quién se atrevió a decir que tú eres un simple? (Jai mese encoge de hombros con una sonrisa complaciente). No te desearía yo de otro modo del que eres.
- JAIME (complacido). — ¡Quién pudiera estar toda la vida con usted! Yo no sé desearla como a veces he deseado a Rosa. Mi madre dice que Rosa me va bien, pero a mí me parece zafia y me hiere porque se ríe estúpidamente de todo. Cuando me dice simple, muerta de risa, me dan unas ganas tremendas de estrangularla, aunque reconozco que es una buena moza. A mí, lo que me gustaría, sería encontrar una mujer que me mirase como usted mira.
- ELVIRA (sonriente, complacida). — ¿Y cómo crees que te miro yo?
- JAIME. — Como las leonas, cuando se les devuelven sus cachorros. Como las lobas cuando tendiéndoles las manos, blancas y sin temblores, se les da pan.
- ELVIRA. — Te vas a enamorar de mí, Jaime. Esto te echará a perder.
- JAIME. — ¿Yo? Quién sabe... Pero sería porque siendo usted lo que es, no le importa que yo sea un buen falangista.
- ELVIRA. — ¿Falangista tú, Jaime?
- JAIME. — Tengo hambre. ¿Tiene usted por ahí algo que comer?
- ELVIRA. — En la alacena hay un plato con sardinas fritas. Puedes comértelas. Si quieres pan y vino, cógelos, ya sabes dónde está el porrón. Mira a ver si hay bastante pan en la bolsa.
- JAIME. — (Va a la alacena, coge el plato de sardinas, luego el porrón de vino y el pan que va colocando sobre el fogón de la cocina. Pone una sardina sobre un pedazo de pan, se sirve un vaso de vino y con eso se aproxima de nuevo a Elvira, gozando intensamente). ¡Qué bien me sabe todo lo que usted hace! Yo me pregunto porqué y me digo: Eso es que Elvira tiene la casa abierta para ti solo. Por eso, y por otras cosas, a mí no me importa que alguna vez haya usted podido volar, como dicen, convertida en gaviota, sobre el mar de los acantilados. Si a mi alcance hubiera estado, yo hubiera hecho otro tanto, aunque supongo que las alas que yo hubiera lucido no hubieran sido otras que las de un grajo.
- ELVIRA. — ¿Tú también crees eso?
- JAIME. — Yo creo, como usted dice, lo que me gusta. No se ofenda...
- ELVIRA. — Si no me ofendo...
- JAIME. — Su leyenda va a errar a través de varias generaciones sobre este pueblo. A mí no me importa lo que la maldad inventa. Me importa lo que yo creo. Y yo no miro que usted vuele o no, porque yo creo en usted como algo muy noble, muy generoso, que nunca ha zaherido mi corazón. En su vida, Elvira, hay un misterio. Su misterio me gusta. Pero me gusta porque por ser el misterio de la Gaviota es alto, radiante, sublime.
- ELVIRA. — Gracias, Jaime; todo eso me hace mucho bien.
- JAIME. — No más que usted a mí... ¡pero qué ricas están estas sardinas!
- ELVIRA. — Son de ayer.
- JAIME. — Frías están mejor.
- ELVIRA. — ¿Has visto hoy a mi suegra?
- JAIME. — Es una vieja garduña.
- ELVIRA. — Me extraña que no haya venido por aquí a ver si...
- JAIME. — Yo la fulminaría, pero sin embargo es ella la que nos hace trizas a los demás.
- JAIME. — Si yo fuese un jerarca... Mas yo no tengo autoridad para fulminar a nadie. A ella sí que tendrían que darle ricino, pero a jarros.
- ELVIRA. — No te estropees el alma, muchacho.
- JAIME. — Ahora, ¿sabe usted?, no hace otra cosa que merodear por los alrededores del hotel, a ver lo que ve.
- ELVIRA. — ¡Ah, la vibora! ¿En qué noche estrecha y sin salida dormía yo cuando le ví al hijo la gracia de un esposo que se acostara conmigo?
- JAIME. — Lo que yo veo es que ciertas mujeres toman, como usted, decisiones que les pudre la vida. El amor...
- ELVIRA. — Lo mío no era amor. Era atavismo. Una se casa porque se tiene que casar. Yo viví durante muchos años en un sopor tan grande que me impedía tomar decisiones. Cuando desperté era tarde y, entonces, la indiferencia se me volvió asco, asco de todo, hasta de mí. ¿Ves? Hace rato ya que estoy estrujando estas camisas en mis manos y contra mi pecho y, un grito que toca la bóveda del cielo, me está pidiendo que corra... ¿sabes a dónde?
- JAIME (con la boca llena de pan, absorto). — No, ¿a dónde?
- ELVIRA. — A la tumba de mi tía, a hacer lo que la gente dice que hago, a ver si su espíritu se reúne allí conmigo y me concede, como antaño, el poder de volar, de volar por esos cielos con tantas alambradas.
- JAIME. — Yo iría con usted... si fuese capaz de vencer el miedo.
- ELVIRA. — ¿Te dan más miedo las ánimas en pena que la pena de vivir sin ánima?
- JAIME. — No sé. Tengo miedo, nada más.
- ELVIRA. — Luego, ¿tú crees también en mi leyenda?

JAIME. — Usted misma lo está diciendo. ¿Es que no es verdad?

ELVIRA. — Quiero creer que ella se llevó el sortilegio. Si no, cuántas veces hubiera volado, aunque no hubiera encontrado nada nuevo detrás del primer horizonte por el cielo del alto mar.... volar, volar... (Pausa). Pero no es cierto. Estamos aquí, pisando un suelo de hastío. Tengo que lavar ropa sucia de otros porque no sé cómo lavar lo mío nada más. Hay que ayudarse a vivir, si a esto se le llama vivir, porque mi hombre apenas gana para dar de beber a las mujeres de los puertos. Y así me veo planchando interiores de hombres cuyos nombres ignoro. Pero, dime, Jaime, ¿estas camisas no son de ellos?

JAIME. — Eso lo pregunto yo: ¿No son de ellos?

ELVIRA. — ¿Por qué no? Puede ser. Quizás han vuelto atraídos por mi ideal.

JAIME. — ¿Su ideal?

ELVIRA. — Sí, el ideal de ser mujer; pero Mujer, con mayúscula.

JAIME. — Así es como yo leo, con mayúsculas. Por eso me descubro ante usted. Por eso no la tuteo como a los demás.

ELVIRA. — No, no sé lo que soy... Pero sé lo que persigo.

JAIME. — ¿Ve usted? ¿No es eso mucho mejor?

ELVIRA. — Me necesitan, Jaime, me necesitan.

JAIME. — Hable claro, mujer.

ELVIRA (obcecada por un pensamiento fijo y remoto). — Pero hay una barrera entre la pasión, si es pasión lo que me domina, y la realidad, si es realidad lo que amenaza.

JAIME. — No la comprendo.

ELVIRA. — Echaría a correr en busca de lo que deseo, pero me niego en la negación de todos los impulsos.

JAIME. — No tema : usted no es tan vieja que pueda creer que sus senos han dejado de ser las brevas de sus mocedades. (Comiendo siempre, de muy buenas ganas las sardinas con pan). Su marido no sabe qué es la piedad.

ELVIRA. — A él lo vaciaron de dignidad cuando le obligaron a retractarse de sus ideas liberales.

JAIME. — ¿Le obligaron?

ELVIRA. — Sí, con unas lentejas y un pase de favor a esta vida de tan extraños sudores.

JAIME. — Quizá le quedó algo por dentro... Me refiero al ideal.

ELVIRA. — Cuando queda por dentro un ideal que no se pregonaba, se pudre, por muy bello que sea; a nosotros nos corrompe y atenta en largo silencio contra los demás.

JAIME. — Escriba usted eso.

ELVIRA. — ¿Dónde?

JAIME. — En una hoja del calendario.

ELVIRA. — ¿Para qué, para que la censura le ampute un ala al tiempo?

JAIME. — ¡Ay, cómo me gusta oírlo cuando se encabrita y a su boca le afluyen las verdades! Me parece entonces que soy el más afortunado de los hombres.

ELVIRA. — Eso es lo bueno que tienes, que no

hay cura que te convenza de que soy una zorra y una bruja.

JAIME (ufano). — ¡Yo maté a un cura!

ELVIRA. — Lo sé.

JAIME. — Y lo tengo a gala.

ELVIRA. — Matar es pecado.

JAIME. — ¿Usted cree? El cura ése, el que yo maté, me decía con frecuencia que en ciertas ocasiones matar no era pecado. Y él murió porque yo me aproveché de esa ocasión.

ELVIRA. — Me vas a hacer reír.

JAIME. — Pues riase. Verá : Aquel maldito era uno de los que hacían listas de nombres confesados por los mismos condenados...

ELVIRA. — Por algunos condenados que esperaban, así, salvar el cochino pellejo.

JAIME. — Su nombre, que él no había podido leer, porque sus ojos estaban abotargados de sangre, era el último... por lo menos en su lista. Y lo escribí yo por amor a mi lógica de hombre que dice lo que siente. Menos mal que a los simples se nos perdona todo. Porque todo tiene arreglo en la España falangista y clerical. Yo he resultado ser un bendito y aquel maldito cura, un mártir.

ELVIRA. — Pero esos juzgados azules, ¿cómo analizan mi causa?

JAIME. — ¿Qué causa?

ELVIRA. — La de haberme convertido más de una vez en gaviota.

JAIME. — Convertirse en gaviota no es un delito que pueda castigar la ley, digo yo.

ELVIRA. — Y yo digo que la ley que se escribió pasando por alto los vuelos de las gentes, se cobija en vete tú a ver qué artículos para impedir y castigar la menor intención de fuga por esos aires de Dios. Y ay de mí si ellos tuvieran una sola pluma de las alas que me ayudaran a volar. Pero... Jaime, no me refiero a mi leyenda solamente, sino a mi incapacidad de aceptar yugos que no entiendo.

JAIME. — Deje el agua correr.

ELVIRA. — El agua, sí. La sangre, no.

JAIME. — ¿Y quién le pide su sangre?

ELVIRA. — Ellos, cuando tratan de cortarme estas alas que tengo. Ellos cuando nos cubren el cielo con doradas alambradas; ellos, cuando nos colocan las trabas de un « marisabidilleo » irracional. Ellos, ellos...

JAIME. — Mire, Elvira, hablemos mejor de fútbol.

ELVIRA. — O del color que tiene la barriga panzuda de un sapo.

JAIME. — Se adelanta más.

ELVIRA. — Lavaré esas camisas cuanto antes. Y tú las llevarás bien planchadas al hotel. A ver si cuando esas prendas se lleven por los acantilados ve alguien descender de sus soledades a las rocas una gaviota blanca. ¿No esperan las beatas del Padre Hidalgo que pase algo gordo por mi causa? A ver si así es. Yo pasaría muchísimo gusto al verlas reventar a causa de mis pecados.

JAIME. — Y yo también.

ELVIRA. — Pues si las ves, diles en secreto, para

que así lo divulguen más pronto, que tú me has visto volar, de blanco y con deleite, desde mi ventana, como una gaviota. Di que es muy cierto lo que se cuenta de mi tía Gertrudis, que aún escupe, aparecida, en mis manos con tierra y que pronuncia un bellissimo conjuro.

JAIME. — Si usted quiere... ¿por qué no?

ELVIRA. — Hazlo, muchacho, y ya verás...

JAIME. — Pero si repito esas cosas, me creerán mucho más simple. Y me harán muy poco caso...

ELVIRA. — La gente hace caso de cuanto sirve para excitar sus misteriosas pasiones.

JAIME. — Por eso me hacen siempre preguntas. Yo les digo que lo que deben hacer es ocuparse en barrer sus casas y dejar tranquilos a los demás. Ahora, con dos extranjeros en el pueblo, qué revuelo de chismes...

ELVIRA. — No sólo de pan se vive en España (Se estremece).

JAIME. — ¿Qué tiene, Elvira?

ELVIRA. — ¡Ay, muchacho, qué voy a tener! Temblores que anuncian realidades; que me acechan dos sombras de las que huyo y a las que vuelvo. Que yo misma no sé qué es verdad ni qué es mentira. Que busco mis ilusiones para hacerlas mías y las encuentro en manos de otros, como delitos. Que ardo a fuerza de no saber por dónde echar mis pasos y antes de andar me encuentro hecha ceniza. Que sospecho un deleite a la puerta de casa y sin necesidad de abrirla tropiezo con una espina agresiva.

JAIME. — ¿Y qué dice Bernardo?

ELVIRA. — Qué va a decir, si su boca no le sirve más que para rumiar amarguras y morder otras bocas sin besos.

JAIME. — Si él nos oyera...

ELVIRA. — ¡Qué ha de oír! El no tiene oídos. No tiene tus oídos.

JAIME. — Porque mis oídos de simple casan con sus voces de loca...

ELVIRA (sonriendo). — ¿Un simple tú, una loca yo? Tu simplicidad estriba en no aceptar lo que no razonas. Mi locura, en vivir por encima de toda razón. Tú tienes la clara lógica de los que ponen la mente en el corazón y el corazón en la mente. Yo, la valentía de alzar mi vida por encima de toda lógica. Y el buen sentido de las gentes de nuestro pueblo consiste en darle coba a la vida aceptando con perniciosa indulgencia lo que los aprovechados les dan ya hecho. Y ya ves lo que pasa, que tú le arremetes a la vida haciéndote falangista a las tantas porque unos uniformes azules es todo lo que tu madre sacó después de haber fregado tantos suelos para la patria.

JAIME. — Para Auxilio Social.

ELVIRA. — ¿Auxilio Social y Patria no es misma cosa? Y esa patria que auxilia con pan que sustenta la miseria del pobre, ¿qué piensa de si misma? Ese auxilio es un mérito para ganar cielos muy bajos cuando puede ser que haya un cielo que esté asqueado de ver tanta miseria social.

JAIME. — El pueblo necesita pan y garbanzos.

ELVIRA. — El pueblo necesita luz para ganarse el pan y la carne con los frutos nobles de su dignidad. Pero, ¿dónde, Jaime, dónde está esa luz? En fin... Tú cantas el « Cara al Sol » y eres falangista como hubieras podido ser un polichinela si a los jerarcas del Movimiento se les hubiera ocurrido vestir sus devaneos políticos, tan ambiciosos, de tan graciosa manera. Mira, mejor hubiera sido. Tú, como muchos españoles, tienes la virtud de saber amar lo que te cae, aunque sea una desgracia, y te agarras a lo que amas con el fanatismo que por nacer equivocado de donde tuvieron que nacer los nobles ideales, te redime de todas tus simplicidades. Y si has aceptado una calamidad, idealista, por muy tonto que seas, no la mudes porque otros vienen de fuera, más convenientes, hayan soplado en el magín de los que te la impusieron. Ellos no saben, no saben bien que tú simple y yo loca, estamos al margen de nuestras vidas como dos sombras que a la orilla de un río van a esfumarse, viendo pasar el cuerpo ahogado que fue una promesa de eternas posibilidades.

JAIME. — Se están casando nuestras almas ante un altar de alegrías.

ELVIRA. — Mucho mejor.

JAIME. Donde no estorban las camisas.

ELVIRA. — No.

JAIME. — Donde uno no tiene lugar para la vergüenza. Que el tiempo no pase, señora, que el tiempo se detenga aquí. Que nadie venga a llamar a esa puerta. Ahora sé que está usted sola y sin esposo.

ELVIRA. — Nos está uniendo un hilo de verdades con una aguja de cariño.

JAIME. — Que nadie se encele, porque esa aguja pasa y no pincha.

ELVIRA. — Sola y sin esposo.

JAIME. — Y su marido...

ELVIRA. — A mi marido verdadero me lo liquidaron otros falangistas. Pero no acabaron con la verdad que lo sostenía, y la verdad viene a estamparse ahora en ti, y yo te estimo por eso, muchacho. La calidad del amor no estriba en la persona amada, sino en los sentimientos que nos capacitan para amar. Ya ves tú que yo no entiendo de política; pero entiendo de verdades, a las que tengo derecho por libre albedrío, y las que uso en mi boca para darle gozo a mi corazón. Mi alma clama por una vida digna con todo lo que en ella hay de humano, de legítimo o de divino. Por eso te pido que no te vistas de nada cuyo color no tenga antes el de tu alma. Y defiende lo que aceptes, aunque sean los cuernos de la luna creciente que despunta dentro de ti. Por eso vi en mi novio mi marido, y juntos caminábamos ya por una alborada de vida. Nunca ama más una mujer a un hombre que cuando sabe que es su hombre quien está dispuesto a dar su vida en testimonio de amor a la libertad de todo un pueblo...

JAIME. — Si, Elvira, de ahí parte toda su leyenda.

ELVIRA. — ¿Mi leyenda, o mi historia, Jaime?

La psicología y la conducta humana

El hombre y los complejos del mundo autoritario

A mediados del año en curso leímos en la prensa el llamado que el Tío Sam hizo a los psicólogos norteamericanos pidiéndoles le ayuden a resolver los muy diversos y complejos problemas interiores y exteriores de los EE. UU. En Rusia el Zar Rojo esa colaboración o ayuda la impone a los científicos de todas las especialidades que tiene bajo su férula. No se toma el trabajo de pedir-sela.

Vea todo el mundo qué ha llegado a imponer hoy el actual dictador ruso: que el Estado se encargue de los alumnos desde la edad preescolar hasta terminar la escuela secundaria, fuera de sus hogares, colocándolos en internados. Y a los fisiólogos, psicólogos y profesores los obliga a que contribuyan a «educarlos», aplicándoles las técnicas paulonianas. Esta terrible y monstruosa experiencia antipedagógica la empezaron con 180.000 alumnos y para 1970 esperan tener internados al 50 por 100 de los niños de la U. R. S. S.

Este plan de «educación», el peor inventado por un Estado, lo comentaremos en trabajo aparte. Sobre el mismo ahora nos limitamos a decir lo que es obvio persigue el Zar Rojo: que los instructores-modeladores de criaturas humanas, asesorados por hombres de ciencia, «fabriquen caracteres» —caricaturas de hombres, mejor dicho— a la medida que pide, «robots» humanos sin conciencia y sin voluntad para obrar por su cuenta.

Cierto que el régimen dictatorial ruso hará daño, demasiado daño, a millones de niños, pero no logrará exterminar la tendencia de la naturaleza humana a la libertad, porque tendría que acabar con el hombre mismo. De antemano está fracasado tanto el intento de pretender el Zar Rojo deshumanizar al hombre, para hacerlo su esclavo, imponiéndole las técnicas de **condicionamiento** de Pavlov, etc., como tratar de comprender y explicar la

conducta humana por medio del concepto de **complejo**.

Por otra parte, observamos que lo que acabamos de exponer, en último lugar, es todavía defendido por médicos, fisiólogos, psicólogos y escritores especializados en temas científicos, de otros países, pese a ser enemigos de toda clase dictaduras. Vámonos, pues, a tratar de demostrar lo contrario en defensa de la salud misma de nuestros congéneres que nos importa más que al Tío Sam y al Zar Rojo, que a todos los regímenes democráticos y dictatoriales, que a todos los Estados, no importa cómo se denominen.

No hacemos diferencias entre los Estados, y a todos los incluimos en el mundo autoritario que hemos de destruir y sustituirlo por el nuevo Mundo Libertario o de la Libertad, porque ser Estado más o menos tiránico e injusto depende de la resistencia que oponen los desheredados y gobernados a ser sometidos, dominados o humillados. Tan pronto en éstos, en los trabajadores de todas clases, se forma una **conciencia social** elevada que les decide a exigir la desaparición de las clases parasitarias de la sociedad, el derecho a ser libre y a disfrutar, equitativamente, las riquezas que producen, entonces cualquier Estado, el más democrático, al ver en peligro de desaparecer cuanto forma parte de su naturaleza misma, por ley de biología política defiende su existencia con los medios más violentos, y no vacila en recurrir a la dictadura si es preciso. Esta forma parte del proceso biológico de todos los sistemas autoritarios. Mentira, pues, que algunas concepciones estatales sean, realmente, progresistas. Los pueblos sólo disfrutan de la libertad y el bienestar que pueden conquistar, y nada más.

Hemos expresado qué nos ha hecho sentir la necesidad de intervenir, frente a los llamados y a las exigencias del Tío Sam y de Kruschev, en defensa del niño, del hombre y de la sociedad, sin hacer excepciones entre los autoritarios, porque todos están dispuestos a no dejar morir a la Autoridad, lo opuesto a la Libertad. Empezaremos, pues, hablando sobre los mejores métodos psicológicos y psicoterapéuticos para acercarnos al conocimiento del hombre, y terminaremos acusando y probando que el mundo autoritario es el que lo obliga, en todos los continentes, a adquirir los peores **complejos** y la constitución de los malos hábitos que fortalecen las tendencias insanas y destructivas que tenemos el deber biológico, psicológico, social y humano de eliminar, tanto como nos sea posible, de la naturaleza humana.

Es sabido que desde que la conducta empezó a estudiarse científicamente por Wilhelm Wundt en

JAIME. — ¿Lo sabe usted?

ELVIRA. — ¿Qué importa? Lo que sea es mío.

JAIME. — Y todo lo suyo, por muy abstracto que parezca, es una pura verdad. Yo daría... qué sé yo, por oírle contarme toda su historia.

ELVIRA. — No tienes que dar nada. Siéntate. Escucha. (Jaime, que hacía rato había dejado de comer y de beber, va a sentarse, con la sencillez de un muchacho limpio, cerca de Elvira, y cuando ésta, después de una breve pausa, va a iniciar su historia, lentamente va cayendo el telón).

(Continuará)

ABARRATEGUI

1879 dejó de ser interés de la intuición y de la observación simplemente y de rama de la filosofía y de la psicología general pasó a ser psicología experimental. Algunos psicólogos consideran que se inició con Fechner. No vamos a discutirlo, porque se deba a éste, a aquél o a otros científicos nada de fundamental rectifica de nuestra tesis. Sin embargo, con respecto a lo esencial del tema planteado, si reconocemos, en seguida, porque no somos dogmáticos, que con la reflexología de Pavlov, con la psicorreflexología de Bechterev, el conductismo de Waston, de Cladk Hull y los estudios y experiencias de otros fisiólogos y conductistas se ha contribuido al progreso de la psicología moderna. Pero no estamos de acuerdo con los que hoy todavía defienden, entre otras cosas, que con el **concepto de complejo** puede preverse y explicarse, totalmente, el comportamiento del hombre.

Podemos afirmar que las actividades del sujeto, sus necesidades, sus pasiones, sus emociones y fuerzas instintivas vitales no pueden ser descubiertas —y menos previstas—, conocidas, estudiadas y explicadas, en todas sus partes, por medio del estricto **concepto de complejo**. Ha de tenerse en cuenta que en el individuo humano intervienen pensamientos y sentimientos, deseos y fantasías, la vocación, aptitudes y habilidades, ambiciones, ideales y temores, etc. Y en él influyen el ambiente interior y exterior del hogar que contiene innumerables factores: familiares —con múltiples problemas—, sociales, políticos y religiosos, económicos, de trabajo, culturales, las relaciones con gentes, con personalidades distintas viviendo situaciones diferentes unas y parecidas otras a las suyas, etc.

Hay inter-relación e inter-acción de todos los factores precitados, y mucho más, serie compleja de dinamismos que participan, todos, en mayor o menor grado, en las acciones del sujeto, en su conducta. Y más difícil resulta interpretarla sabiendo lo cambiante que es dado que en nuevas situaciones se toman otras decisiones. Además, generalmente no se piensa, o no se advierte, que **vivir el sujeto su vida** es mucho más complejo que el referirnos a su comportamiento. En breve introspección la propia experiencia psicológica nos enseña —al escribir esto mismo— que el hombre es realidad complejísima que está presente, en su totalidad, globalmente, con todos los valores que representa, obrando todo su ser en cada acto que realiza. Y constatamos que las complejidades del obrar humano aumentan por las recíprocas influencias de todas las inter-relaciones e inter-acciones entre el sujeto y el ambiente.

La dinámica del individuo humano es cambiante o constantes interjuego dinámico. Por eso decimos también que la personalidad es dinámica. Por lo tanto, sometido el sujeto en el consultorio a tests y a preguntas, a pruebas diversas, no puede, en estado pasivo, dar a conocer su conducta. El especialista en **complejos** se queda sin poder conocer la mayor parte de la misma, y, por consiguiente, está imposibilitado de ofrecer un diagnóstico psicológico acertado, por muy ruso que sea. Para acercarse lo más posible al conocimiento de la conducta

del sujeto es preciso estudiarlo obrando en su propio medio, averiguando qué ha hecho, qué hace, por qué hizo esto, aquello o lo otro, qué se dispone hacer y por qué, etc.

Observado y estudiado el sujeto antes, durante y después de los actos voluntarios e involuntarios que ejecuta, en cada situación que vive o trata de vivir, mucho podrá explicar sobre su comportamiento la misma sinceridad o espontaneidad del **sentido** que da o se esfuerza por dar a sus acciones y el **tono emocional** —no tenidos en cuenta por los pavlonianos y conductistas —de las mismas al ejecutarlas, procesos psicológicos que no pueden producirse en la frialdad del consultorio.

Seguid los pasos al individuo humano cuya conducta y personalidad han sido estudiadas en la clínica o en el hospital por el fisiólogo y psicólogo que se guía por el estudio de los complejos. Al salir a la calle, apenas choca con el ambiente tratando de resolver sus problemas cotidianos, adopta actitudes que desmienten todo o la mayor parte del estudio psicológico que le hicieron en situación distinta a las verdaderas situaciones que vive. Es en el desarrollo de éstas donde el sujeto pone de relieve nuevas fundamentales peculiaridades psíquicas y mentales, gran número de nuevos datos psicológicos que descubren lo que ocultábase en profundos repliegues de su modo de ser o de querer ser y muestra su verdadera estructura psicológica.

No es de extrañar que hasta médicos no versados en Psicología, sin seguir los progresos de ésta, y sin siquiera hacerse serias introspecciones, considerando que el **concepto de complejo** deriva —afirmamos nosotros mismos— del concepto funcional, en contacto sólo con la Fisiología, no admitan que los actos son bastantes más que simples movimientos. Cuando éstos significaban —afirmaron médicos psiquiatras de los EE. UU., el 27 de abril, próximo pasado, refiriéndose a dos hombres y a una mujer, casos que comentaremos aparte— que tres esquizofrénicos, hospitalizados en Los Angeles, «tenían que agravarse en el grado que alcanzaron en el proceso de su enfermedad mental, como ocurre en circunstancias similares, en todos los casos», la oportuna **comprensión** de la gravedad de su situación hizo reaccionar a los pacientes en sentido normal, contrario a lo previsto, al proceso patológico que seguían, y se salvaron, a sí mismos, simultáneamente, pese al diagnóstico adverso de los especialistas psiquiatras. Todos sus **movimientos** —dicen los médicos que los trataron— «indicaban que sufrirían largo internamiento, y que uno de los pacientes estaba irremisiblemente perdido». ¡Oh las incógnitas de la mente humana!

En el futuro gracias a éstas y a otras recientes experiencias de la Psicología y de la Psiquiatría, de las que hablaremos oportunamente, miles de nuestros semejantes podrán, en el mundo, recuperar el equilibrio psíquico mental. La lección dada por los tres pacientes de Los Angeles ha sido bien recibida, propagada y aprovechada por los psiquiatras. Ahora podrán rectificar y mejorar sus métodos psicoterapéuticos. ¿Por qué no lo admiten también los médicos y escritores que siguen defendien-

do el **concepto de complejo**, en términos excesivos, y decidiese a vulgarizar los nuevos descubrimientos psicológicos? Contribuirían a hacer bien a pacientes mentales y, en particular, al inmenso número de nuestros semejantes propensos a serlo en medio de la sociedad desequilibrada que vivimos.

Nuestras propias experiencias psicológicas y la de los demás confirman que para acercarse a comprender la conducta humana lo primordial es conocer la situación que vive el sujeto con otros semejantes, su propia vida en esa situación determinada o en un conjunto de situaciones. Es así cómo será posible descubrir si un complejo —caso que lo tenga— es de origen inconsciente o traumático, aunque la mayoría de los complejos, generalmente inadvertidos, no tienen esas características.

Los **complejos** son una realidad psíquica, pero afirmamos, de acuerdo con la Psicología científica, que diagnosticar por medio de la hipótesis de los complejos es quedarse casi en lo superficial del sujeto. Y si éste no sigue los impulsos de un complejo, aunque lo posea, al omitirlo, como ocurre a menudo, sus actos no aparecerán como derivados del complejo, y erraría el fisiólogo o psicólogo que asegurara que no lo posee.

De todas las maneras sería absurdo que rechazáramos, totalmente, el **concepto de complejo**, término que, no en balde, introdujo Jung en la Psicología y en la Psiquiatría, como tampoco podemos rechazar, negar, repetimos, la reflexología y la psicorreflexología de Pavlov y Bechterev, respectivamente, etc. Entiéndannos todos de una vez: lo que no aceptamos y combatimos es que se tome la parte por el todo como continúan defendiendo sedicentes científicos en Rusia, por miserables conveniencias políticas del régimen dictatorial allí imperante, y algunos fisiologistas puros en todo el mundo.

Reconocemos que los estudios, experiencias, técnicas y teorías de los precitados científicos rusos y de otras nacionalidades fueron en su época, durante cierto tiempo, lo más avanzado en las investigaciones fisiológicas y psicológicas. La Psicología estática, por ejemplo, no podía explicar muchos de los procesos psicológicos que pudieron aclararse con la idea o **concepto de complejo**. La Historia de la Psicología admitió su utilidad y le sigue reconociendo, en el presente, el lugar que le corresponde ocupar en la misma: de «participación» en el estudio del comportamiento del hombre.

En nuestros días los estudios y las investigaciones para obtener el mayor conocimiento del sujeto se orientan, preferentemente, a conocer los datos históricos, sociales, económicos, culturales y psicológicos sin prescindir, naturalmente, de los fisiológicos y biológicos. Así logran conocerse peculiaridades de su estructura dinámica que jamás se descubrirían por medio del fisiologismo y del biologismo, porque están fuera de sus especiales campos de estudio, de investigación y de experimentación.

Es un gran error pretender explicar el comportamiento humano por medio de los factores fisiológicos y biológicos. Estos se refieren al funcionamiento del cuerpo, pero no constituyen **situación** social alguna, ni pueden referirse al lugar que el

sujeto ocupa en aquella, en relación con sus semejantes entre los que actúa. De lo que quiere, puede o desea hacer cada uno de estos componentes de una o varias situaciones depende la conducta reciproca y la vida de cada sujeto gozando y sufriendo éxitos y fracasos, continuando adoptando otras conductas y personalidades, malas y buenas, viviendo entre dificultades, riesgos y facilidades, y más disyuntivas. De éstas, por ejemplo, podrá hablarnos la Psicología, pero ni una palabra podrán decirnos la Fisiología y la Biología. Y es que los psicológicos sólo puede estudiarse con métodos psicológicos. Es lo más sencillo y gráfico que podemos decir al respecto, y consideramos que defender lo contrario es perder y hacer perder el tiempo a nuestros semejantes.

Hablando sobre la conducta y la personalidad no podemos silenciar el psicoanálisis. Nos hemos referido, llana y sucintamente, a cómo ha evolucionado el pensamiento psicológico desde antes y después del **concepto de complejo**. Este sigue usándose en las investigaciones psicoanalíticas, pero es innegable que ha sido rebasado por las nuevas aportaciones de la ciencia psicológica, como asimismo fue rebasada la doctrina freudiana aunque no sea posible prescindir de la misma al estudiar la «psiquis» humana y se reconozcan, de suma importancia, los factores inconscientes de la personalidad.

Todo estudio serio que se realice sobre la psicología y la conducta humana no puede pasar por alto el papel que juega el inconsciente. Admitimos lo esencial de la doctrina de Freud, pero consideramos equivocada, fuera ya de lugar, la ortodoxia freudiana que no reconoce el papel importantísimo que en el comportamiento del individuo humano juegan los factores sociales y culturales. Por otra parte, a los psicólogos antifreudianos les decimos que los progresos de la psicología experimental han venido a ensanchar la teoría psicoanalítica, y no a desvirtuarla, a suplantarla ni a eliminarla como ellos pretenden.

A Freud le debemos, y le agradecemos, la fundación de la psicología clínica. Es indudable que sueños y fantasías, la larga serie de fenómenos y hechos que constituyen el conjunto de los procesos inconscientes tienen explicación gracias a la teoría freudiana. De ninguna manera podrían explicarse. Intenten sus detractores, particularmente religiosos, explicarlos de otros modos. Ninguno lo ha logrado. Por lo que respecta a la Psicología, a la Psiquiatría y a la Psicoterapia hoy están relacionando los nuevos conocimientos que han aportado que influyen, indudablemente, en la conducta y en la personalidad del sujeto con los fundamentales descubrimientos de Freud.

La Psicología Científica-Natural y la Psicología Científica-Cultural-Social no son opuestas: se diferencian por lo especial de sus respectivos estudios y métodos de investigación y experimentación, pero se complementan, y en nuestros días, con cuantos nuevos hallazgos científicos se hacen, forman una sola corriente: la Psicología contemporánea.

Tan aceptable es la heredabilidad de bienes fisiológicos y biológicos como la de los bienes psicológicos y culturales gracias a los cuales —por eso los

consideramos superiores— los primeros se acrecientan y mejoran. Lo inaceptable, lo inadmisible, y lo repetiríamos mil veces, es que el conjunto de todos los buenos bienes heredados los disminuya y los malee la sociedad autoritaria aumentando otros mal llamados bienes que son artificiales, falsos: pergaminos, escrituras, títulos de propiedad, dinero, etc., signos antivitales e inmorales, de injustas desigualdades económicas, sociales y culturales entre los hombres.

Precisamente, es en defensa de los primeros, de los bienes de carácter vital, social y moral, debidos a la herencia natural y a la buena cultura, que los libertarios elevamos la voz pidiendo la acción solidaria de todas las mujeres y de todos los hombres del orbe para derribar al mundo autoritario y acabar con el déficit biológico y psicológico que sufre el género humano.

Al plantear los problemas psicológicos, sociales y humanos del hombre y de la sociedad, y tratar de resolverlos, siempre tropezamos con el ambiente ruín y perverso del mundo autoritario que obstruye la solución normal y efectiva de los mismos. En su seno no es posible realizar la integral profilaxis e higiene psíquica-mental individual y colectiva. Los psicólogos, los sociólogos y los pedagogos de todos los continentes han de comprender —y con ellos todos nuestros semejantes, de no importa qué raza y color— que el precitado mundo obliga a los hombres a cometer inmoralidades, de todas las clases, y a adquirir **complejos** que deshumanizan. A todos les exige que observen las conductas más indignas y opuestas a sus propias vidas, y les impone su inmoral «filosofía» del empleo del tiempo: que en todas las etapas de sus existencias luchen unos contra otros, como enemigos irreconciliables, sin dejar de llamarse amigos, practicando la hipocresía, desgradándose, envileciéndose, anulándose, en fin, como elementos sociables y solidarios, de buen progreso social y moral.

Los actuales detentadores de las riquezas mantienen una lucha despiadada, terrible contra todas las tendencias buenas de cooperación y altruismo que predominan en la naturaleza humana. Se es-

fuerzan, continuamente, por evitar que en los hombres se desarrollen los sentimientos de sociabilidad y de solidaridad a los que nuestra especie debe haber sobrevivido y alcanzado el grado de evolución que conocemos. No cesan de influenciar a los seres humanos para que sean egoístas, agresivos, malignos y crueles como lo son sus propios sistemas de explotación y de dominación del hombre por el hombre o por el peor patrón o amo: el Estado, como el que sufre actualmente el pueblo ruso.

Observad con mirada atenta y escrutadora el panorama mundial. Por doquier veréis a los individuos, que se llaman «humanos», apresurarse más y más; van siempre a prisa, más y más de prisa, atropellándose los unos a los otros, a menudo entre familiares, sin las más mínima delicadeza, sin miramiento alguno, sin importarles pasar por encima del prójimo para alcanzar más poder y más riqueza o tan sólo unas pocas monedas más antes que otros semejantes aunque las necesiten menos. ¡Ni siquiera se detienen a pensar qué le ocurrió a uno, a cualquier caído, pisoteado por todos, o en qué será del mismo en el futuro! ¡Y cuidado tengan los caídos, por maltrechos que queden, de aceptar manos cualesquiera que les tiendan para humillarlos después quienes se las tienden, provocando, seguidamente, la caída física o moral de la que ya no puedan levantarse jamás!

No extrañe, pues, a las personas satisfechas o no de vivir en este mundo de sátrapas y mercaderes sin **conciencia moral**, que haya individuos humanos que no quieran luchar más entre y contra sus semejantes, ni presenciar las escenas de violencia que se desarrollan ante su vista y prefieran, aunque la «Fortuna» les sonría, como a Zweig, autor de **Brasil, país del futuro**, y de otros buenos libros, cerrar los ojos para siempre, voluntariamente, después de expresar unas últimas palabras —o desaparecer más pronto sin decirlas, por no permitirlo las circunstancias, como han hecho y hacen otros sujetos— de sensatez y amor dirigidas a todos sus semejantes.

F. OCANA

LA ASOCIACION

Hasta cierto punto, al asociarte garantizas tu libertad si las obligaciones sociales quedan suprimidas.

La asociación se hace para asegurar la libertad del conjunto; pero, sobre todo, para conservar la libertad y la personalidad de cada individuo.

Imponer, obligar, vencer, es contrario a la libertad.

El encarcelamiento de Thoreau

«Thoreau's incarceration» (El encarcelamiento de Thoreau) fue escrito por el Dr. Samuel Arthur Jones, uno de los más tempranos y abnegados estudiosos de Thoreau. Contiene el más completo relato de la encarcelación de Thoreau que haya sido publicado. El «Mr. S.» es en el artículo Sam Staples. El «M. X.» de las cartas es indudablemente Alfred Hosmer de Concord quite, a pesar de las mofas de algunos de sus conciudadanos, tanto hizo para reunir y clasificar para las futuras generaciones, los elementos efímeros tan rápidamente desapareciendo de la vida de Thoreau.

WALTER HARDING

ESE es el hombre que encarceló a Thoreau; espere y se lo haré conocer.» Quien así hablaba era una mujer de Concord, que amablemente se ofrecía como guía a un forastero y peregrino en el renombrado pueblo. Acabábamos de regresar de una visita hecha a una anciana que había conocido intimamente a la familia Thoreau, cuando mi amiga vió a un hombre sentado en el pórtico de una casa muy hermosa situada en la calle principal. La seguí hasta el portón, y al aproximarse a la verja una voz animada dijo: « Buenas tardes, señorita H. » « Buenas tardes, Mr. S., está usted disfrutando este hermoso día? »

Fui entonces presentado a un substancial, a un espécimen de aspecto enhiesto de la humanidad, quien, aunque había pasado los sesenta años de edad, estaba excelentemente bien preservado, cuyo rasgo principal era el de juntarse en seguida al buen humor, que por cada poro de él parecía alegremente surgir. Evidentemente se encontraba « perfectamente en Sión », y aparentemente pensaba que los demás también lo debían estar. No se trataba, su humor, de algo estrepitoso que a un forastero le hubiera parecido « fingido », sino de una efusión espontánea de su alegría tan sin afectación como los rizados de un arroyo o los trinos de un pájaro.

Mr. S. era un poco más alto que la mediana estatura, enhiesto como un pino, bronceado por la vida de los campos, bien encarnado como para pasar lo bastante por un « sólido » ciudadano, y el tiempo se había portado tan bien con él que aún tenía su cabello negro y unos ojos lustrosos y morenos que alegremente parecían chispear. Todo en él parecía de buen gusto excepto aquel gran diamante que deslumbraba desde la parte delantera de una camisa más bien sucia y que silencio-

samente parecía un reproche por la condición de su ropa blanca. En gran contraste frente a dicho mal colocado lujo veíanse sus ropas, hechas de buen paño, de un color no llamativo y enteramente libres de aquella afectación en el vestir sugerida por la deslumbrante gema. Su lenguaje enteramente explicaba la incongruente situación del diamante, debido a que dicha piedra preciosa denota los extremos sociales representados por la cultura y por la vulgaridad; y desgraciadamente el presente poseedor se encontraba en la vorágine de la última categoría. Impresionaba a uno como un hombre que ha aprendido sus maneras en el mercado más bien que en el salón y que, en la tormenta y la tensión de la vida, había mantenido sus ojos en mar de barlovento, escapando por lo tanto al naufragio con sus compañeros en la lucha por la vida. Naturalmente, algo parecía decir en él con bastante llaneza: « No es mi culpa el encontrarme con mi destino; puedo permitirme el gratificar mis deseos; y, con perdón de ustedes, con nadie trato de disputarme ». Más que esto aún, le hacía sentir a uno que miraba a la vida como a una gran broma; que estaba desprovisto de cualquier concepto de lo trágico, que, en resumen, consideraría a su propio funeral como parte de la gran y siempre presente broma. Y con todo, nada había de desagradablemente ofensivo en él; podía uno mirar aún la discrepancia del diamante como una perdonable extravagancia suya.

Cuando supo que yo era « uno de los admiradores de Thoreau, que vienen por aquí cada verano », pareció como si cada recuerdo de su famoso vecino de repente surgiera en su memoria, para ponerlo a mi servicio. Su flujo de reminiscencias constantemente asociaba a Emerson con Thoreau; pero de todas ellas solamente retuve una y tal vez la recuerdo porque presenta a Thoreau en un carácter insospechado: el de un humorista.

Parece que surgió una duda entre los límites de un campo perteneciente a Emerson y al mismo Mr. S., que me dijo el último había pasado a ser suyo recientemente mediante un « regateo » con alguien cuyo nombre no pude retener. Thoreau había sido empleado para hacer las necesarias medidas (« y lo hizo con toda justeza, le aseguro »); y habiendo terminado su trabajo dijo que daría su opinión a ambos en casa de Emerson. No podré nunca olvidar cómo Mr. S. en su informe de aquella reunión me hizo sentir la blanda dulzura de la naturaleza de Emerson. « Era un hombre, señor, incapaz de matar a una mosca », dijo Mr. S. lo más enfáticamente. Luego prosiguió explicando que no había habido ninguna « disputa » entre Emerson y él mismo; solamente habían querido « saber nada más, sabe usted, cuáles eran los verdaderos límites ».

consideramos superiores— los primeros se acrecientan y mejoran. Lo inaceptable, lo inadmisible, y lo repetiríamos mil veces, es que el conjunto de todos los buenos bienes heredados los disminuya y los malee la sociedad autoritaria aumentando otros mal llamados bienes que son artificiales, falsos: pergaminos, escrituras, títulos de propiedad, dinero, etc., signos antivitales e inmorales, de injustas desigualdades económicas, sociales y culturales entre los hombres.

Precisamente, es en defensa de los primeros, de los bienes de carácter vital, social y moral, debidos a la herencia natural y a la buena cultura, que los libertarios elevamos la voz pidiendo la acción solidaria de todas las mujeres y de todos los hombres del orbe para derribar al mundo autoritario y acabar con el déficit biológico y psicológico que sufre el género humano.

Al plantear los problemas psicológicos, sociales y humanos del hombre y de la sociedad, y tratar de resolverlos, siempre tropezamos con el ambiente ruín y perverso del mundo autoritario que obstruye la solución normal y efectiva de los mismos. En su seno no es posible realizar la integral profilaxis e higiene psíquica-mental individual y colectiva. Los psicólogos, los sociólogos y los pedagogos de todos los continentes han de comprender —y con ellos todos nuestros semejantes, de no importa qué raza y color— que el precitado mundo obliga a los hombres a cometer inmorales, de todas las clases, y a adquirir **complejos** que deshumanizan. A todos les exige que observen las conductas más indignas y opuestas a sus propias vidas, y les impone su inmoral «filosofía» del empleo del tiempo: que en todas las etapas de sus existencias luchen unos contra otros, como enemigos irreconciliables, sin dejar de llamarse amigos, practicando la hipocresía, desgradándose, envileciéndose, anulándose, en fin, como elementos sociables y solidarios, de buen progreso social y moral.

Los actuales detentadores de las riquezas mantienen una lucha despiadada, terrible contra todas las tendencias buenas de cooperación y altruismo que predominan en la naturaleza humana. Se es-

fuerzan, continuamente, por evitar que en los hombres se desarrollen los sentimientos de sociabilidad y de solidaridad a los que nuestra especie debe haber sobrevivido y alcanzado el grado de evolución que conocemos. No cesan de influenciar a los seres humanos para que sean egoístas, agresivos, malignos y crueles como lo son sus propios sistemas de explotación y de dominación del hombre por el hombre o por el peor patrón o amo: el Estado, como el que sufre actualmente el pueblo ruso.

Observad con mirada atenta y escrutadora el panorama mundial. Por doquier veréis a los individuos, que se llaman «humanos», apresurarse más y más; van siempre a prisa, más y más de prisa, atropellándose los unos a los otros, a menudo entre familiares, sin las más mínima delicadeza, sin miramiento alguno, sin importarles pasar por encima del prójimo para alcanzar más poder y más riqueza o tan sólo unas pocas monedas más antes que otros semejantes aunque las necesiten menos. ¡Ni siquiera se detienen a pensar qué le ocurrió a uno, a cualquier caído, pisoteado por todos, o en qué será del mismo en el futuro! ¡Y cuidado tengan los caídos, por maltrechos que queden, de aceptar manos cualesquiera que les tiendan para humillarlos después quienes se las tienden, provocando, seguidamente, la caída física o moral de la que ya no puedan levantarse jamás!

No extrañe, pues, a las personas satisfechas o no de vivir en este mundo de sátrapas y mercaderes sin **conciencia moral**, que haya individuos humanos que no quieran luchar más entre y contra sus semejantes, ni presenciar las escenas de violencia que se desarrollan ante su vista y prefieran, aunque la «Fortuna» les sonría, como a Zweig, autor de **Brasil, país del futuro**, y de otros buenos libros, cerrar los ojos para siempre, voluntariamente, después de expresar unas últimas palabras —o desaparecer más pronto sin decirlas, por no permitirlo las circunstancias, como han hecho y hacen otros sujetos— de sensatez y amor dirigidas a todos sus semejantes.

F. OCANA

LA ASOCIACION

Hasta cierto punto, al asociarte garantizas tu libertad si las obligaciones sociales quedan suprimidas.

La asociación se hace para asegurar la libertad del conjunto; pero, sobre todo, para conservar la libertad y la personalidad de cada individuo.

Imponer, obligar, vencer, es contrario a la libertad.

El encarcelamiento de Thoreau

«Thoreau's incarceration» (El encarcelamiento de Thoreau) fue escrito por el Dr. Samuel Arthur Jones, uno de los más tempranos y abnegados estudiosos de Thoreau. Contiene el más completo relato de la encarcelación de Thoreau que haya sido publicado. El «Mr. S.» es en el artículo Sam Staples. El «M. X.» de las cartas es indudablemente Alfred Hosmer de Concord que, a pesar de las mofas de algunos de sus conciudadanos, tanto hizo para reunir y clasificar para las futuras generaciones, los elementos efímeros tan rápidamente desapareciendo de la vida de Thoreau.

WALTER HARDING

ESE es el hombre que encarceló a Thoreau; espere y se lo haré conocer.» Quien así hablaba era una mujer de Concord, que amablemente se ofrecía como guía a un forastero y peregrino en el renombrado pueblo. Acabábamos de regresar de una visita hecha a una anciana que había conocido intimamente a la familia Thoreau, cuando mi amiga vió a un hombre sentado en el pórtico de una casa muy hermosa situada en la calle principal. La seguí hasta el portón, y al aproximarse a la verja una voz animada dijo: « Buenas tardes, señorita H. » « Buenas tardes, Mr. S., está usted disfrutando este hermoso día? »

Fuí entonces presentado a un substancial, a un espécimen de aspecto enhiesto de la humanidad, quien, aunque había pasado los sesenta años de edad, estaba excelentemente bien preservado, cuyo rasgo principal era el de juntarse en seguida al buen humor, que por cada poro de él parecía alegremente surgir. Evidentemente se encontraba « perfectamente en Sión », y aparentemente pensaba que los demás también lo debían estar. No se trataba, su humor, de algo estrepitoso que a un forastero le hubiera parecido « fingido », sino de una efusión espontánea de su alegría tan sin afectación como los rizos de un arroyo o los trinos de un pájaro.

Mr. S. era un poco más alto que la mediana estatura, enhiesto como un pino, bronceado por la vida de los campos, bien encarnado como para pasar lo bastante por un « sólido » ciudadano, y el tiempo se había portado tan bien con él que aún tenía su cabello negro y unos ojos lustrosos y morenos que alegremente parecían chispear. Todo en él parecía de buen gusto excepto aquel gran diamante que deslumbraba desde la parte delantera de una camisa más bien sucia y que silencio-

samente parecía un reproche por la condición de su ropa blanca. En gran contraste frente a dicho mal colocado lujo veíanse sus ropas, hechas de buen paño, de un color no llamativo y enteramente libres de aquella afectación en el vestir sugerida por la deslumbrante gema. Su lenguaje enteramente explicaba la incongruente situación del diamante, debido a que dicha piedra preciosa denotaba los extremos sociales representados por la cultura y por la vulgaridad; y desgraciadamente el presente poseedor se encontraba en la vorágine de la última categoría. Impresionaba a uno como un hombre que ha aprendido sus maneras en el mercado más bien que en el salón y que, en la tormenta y la tensión de la vida, había mantenido sus ojos en mar de barlovento, escapando por lo tanto al naufragio con sus compañeros en la lucha por la vida. Naturalmente, algo parecía decir en él con bastante llaneza: « No es mi culpa el encontrarme con mi destino; puedo permitirme el gratificar mis deseos; y, con perdón de ustedes, con nadie trato de disputarme ». Más que esto aún, le hacía sentir a uno que miraba a la vida como a una gran broma; que estaba desprovisto de cualquier concepto de lo trágico, que, en resumen, consideraría a su propio funeral como parte de la gran y siempre presente broma. Y con todo, nada había de desagradablemente ofensivo en él; podía uno mirar aún la discrepancia del diamante como una perdonable extravagancia suya.

Cuando supo que yo era « uno de los admiradores de Thoreau, que vienen por aquí cada verano », pareció como si cada recuerdo de su famoso vecino de repente surgiera en su memoria, para ponerlo a mi servicio. Su flujo de reminiscencias constantemente asociaba a Emerson con Thoreau; pero de todas ellas solamente retuve una y tal vez la recuerdo porque presenta a Thoreau en un carácter insospechado: el de un humorista.

Parece que surgió una duda entre los límites de un campo perteneciente a Emerson y al mismo Mr. S., que me dijo el último había pasado a ser suyo recientemente mediante un « regateo » con alguien cuyo nombre no pude retener. Thoreau había sido empleado para hacer las necesarias medidas (« y lo hizo con toda justeza, le aseguro »); y habiendo terminado su trabajo dijo que daría su opinión a ambos en casa de Emerson. No podré nunca olvidar cómo Mr. S. en su informe de aquella reunión me hizo sentir la blanda dulzura de la naturaleza de Emerson. « Era un hombre, señor, incapaz de matar a una mosca », dijo Mr. S. lo más enfáticamente. Luego prosiguió explicando que no había habido ninguna « disputa » entre Emerson y él mismo; solamente habían querido « saber nada más, sabe usted, cuáles eran los verdaderos límites ».

Thoreau se encontraba ya en casa de Emerson cuando llegó Mr. S., y en seguida se pusieron a aclarar la duda. Mucha fue la sorpresa de Emerson, cuando Thoreau dijo y probó con un mapa que había confeccionado que su — la parte de Emerson — se había introducido con su cerca varios pies de distancia en la propiedad adjunta; y sin esperar una palabra del tan asombrado inconsciente transgresor, prosiguió declarando que la apropiación del terreno había sido intencional, sólo que Mr. S. ha demostrado ser demasiado listo para ser vejado; « todos estos años ha estado usted levantando su nariz cual un ciudadano modelo y un ejemplo para todo el mundo, no obstante que cada vez que trabajaba en su cerca, bien sabía usted que la colocaba siempre un poco más lejos, hasta que robó suficiente terreno como para alimentar una vaquilla en un año; pero Mr. S. ha sido demasiado listo para cualquier astuto muchacho como vosotros, y estoy contento exponiéndole así a usted, aunque representa para mí un tremendo desengaño ».

« Caramba — dijo Mr. S. — si Emerson hubiera sido agarrado vaciando los bolsillos en una reunión pública del pueblo, no se hubiera sentido tan desgraciado como entonces. Thoreau estaba hablando con firmeza, y debería haberlo usted oído cuando luego caminaba por el camino de Lexington. Me sentí tan confuso que lo único que podía hacer era mirar al suelo; pero mientras Thoreau le estaba diciendo las cosas claras y acababa justamente de decir algo que me asombró, empecé a mirarlo, y cuando vi sus ojos empecé a reír tan fuerte que se me podía haber oído desde lo alto de la colina del cementerio. Sabe usted, se estaba solamente burlando de Mr. Emerson, y cuando acabó, todo pasó como si no hubiera dicha nada. Era el hombre más bueno que haya pasado por la faz de la tierra ».

Seguramente que esta sorprendente broma a expensas del « sabio de Concord », hará una buena pieza de compañía, junto a la famosa extemporánea danza en el salón de Mr. Ricketson — ¡y pensar que era de este Thoreau del que Lowell opinaba « que no tenía humor! »

Exactamente cuándo el asunto del encarcelamiento de Thoreau surgió en nuestra conversación no puedo ahora recordar, pues las reminiscencias del carcelero se seguían una a otra tan indiscriminadamente como las hojas otoñales que a nuestros pies caían aquel día. En la marea montante de sus recuerdos dijo: « Henry sabía que tenía una orden de prisión para él, pero no fui a detenerlo, porque sabía que podría arrestarlo cuando quisiera ».

Thoreau fue detenido temprano en el atardecer, mientras se encaminaba a recoger un zapato que había sido arreglado por un zapatero remendón, con el fin de poder pilotear una excursión para cosechar arándanos americanos que se debía efectuar al día siguiente. El asunto de la orden de detención no fue luego mencionado en las reminiscencias del carcelero, como tampoco dio ningún detalle del arresto, sino simplemente dijo que ha-

bía encerrado a Thoreau « y el resto de los muchachos » para pasar la noche. Un poco más tarde él mismo se encaminó al centro del pueblo para algún asunto. Durante su breve ausencia alguien golpeó la puerta del apartamento privado del carcelero. Su hija la abrió, oyendo a una joven mujer con un velo que decía: « Aquí está el dinero para pagar el impuesto de Mr. Thoreau » e inmediatamente se fue. La demanda de la ley estando ya satisfecha, Thoreau ya no era más un culpable, y debiera haber sido dejado libre al retornar el carcelero; pero cuando me lo narraba, dicho benemérito, en la manera más friamente imaginable, dijo: « Me había sacado ya las botas y estaba sentado cerca del fuego cuando mi hija me lo dijo, y no iba a tomarme la molestia de abrir de nuevo cuando todos los muchachos habían sido encerrados para pasar la noche; por lo tanto, lo dejé encerrado hasta el almuerzo del día siguiente y entonces lo dejé salir ».

Fue naturalmente una sorpresa para mí el saber cuán cerca el recalcitrante reformador había escapado su sola noche de prisión debido solamente a la comodidad del carcelero para pasarlo bien, de otro modo habríamos perdido la experiencia más chispeante que Thoreau nos ha legado. Nada dije en aquel momento aunque interiormente rumié el informe del carcelero; pero al leer posteriormente el relato que hizo Thoreau del acontecimiento, encontré que confirmaba el hecho al aseverar que había sido puesto en libertad al día siguiente después del almuerzo en la cárcel de Concord.

Pregunté a Mr. S. si sabía quién había pagado el impuesto de Thoreau. Contestó que no lo sabía, pero creía que había sido el juez Hoar — « la chica que trajo el dinero tenía algo envuelto en su cabeza, por lo tanto no se le podía ver la cara » —, pero le parecía que había sido Elizabeth Hoar. Dijo que Thoreau « al salir de la cárcel estaba tan furioso como un diablo ».

Me interesé mucho tiempo por el destino del compañero de celda de Thoreau en aquella noche tranquila, y pregunté qué había sido de él. « Era un buen muchacho », replicó Mr. S., y me explicó que en la próxima sesión del tribunal lo habían dejado libre. Había sido arrestado por incendio premeditado, pero era realmente inocente, como Thoreau había vaticinado que sería el caso.

Cuando me fui de Concord en 1890 la cuestión de quién pagó el impuesto de Thoreau no había sido resuelta, aunque había hecho diligentes averiguaciones en todas direcciones. Cuatro años después leí un artículo de diario firmado por Mr. Irving Allen en el cual definitivamente se afirmaba que la mujer velada era la tía de Thoreau, llamada María. En seguida escribí a Mr. Allen para saber la fuente de dicha información y recibí esta contestación:

Norwich, Conn, 7 de mayo de 1894.

Mi querido Sr.: En contestación a la suya del 15 del corriente, recibida esta mañana, me veo obligado a confesar que no puedo ofrecer evidencia alguna sobre la exacta verdad de mi informe referente al pago del im-

puesto de Thoreau. Las viejas señoras Jane y Maria Thoreau eran amigas mías muy queridas y apreciadas en mi juventud y no tengo duda de que el informe me vino por haberlo oído a una de ellas.

Cuando escribí el artículo que usted menciona, no me pasó por la mente el asunto del origen de mi convicción; me parecía que hace años lo sabía en el sentido de que había sido la buena tía Maria quien vino en socorro de su excéntrico sobrino; pero no puedo probar que estoy en lo cierto. Sugiero que escriba usted al profesor E. J. Loomis, Washington, D. C.; que era un amigo muy íntimo de la familia Thoreau, y puede ser posible que él tenga la evidencia en este asunto.

El profesor Loomis escribió :

Querido Sr. : Concerniente al asunto de sobre quien pagó el impuesto de Thoreau, creía saber que había sido su tía Maria Thoreau y no Jane, que era sorda, pues todos los asuntos concernientes a las dos eran despachados por Maria.

He tratado de recordar si Maria Thoreau me dijo alguna vez que había pagado el impuesto, pero aunque positivamente lo creo, por cierto que no puedo decir si me lo dijo. Pero para tener algo definido y auténtico que decirle sobre esto he escrito a un amigo de Concord para encontrar el hecho y hacérmelo saber. Tan pronto como tenga sus noticias, le escribiré de nuevo. El asunto del pago del impuesto me parece que está entre dos personas : Maria y R. W. Emerson.

Mr. Emerson visitó a Thoreau en la cárcel y el encuentro entre los dos filósofos tuvo que ser interesante y algo dramático. Maria Thoreau si recuerdo que me narró dicho encuentro : «Henry, ¿por qué estás aquí?» — «Waldo, ¿por qué no estás aquí?»

Recibí ayer una fotografía de Henry, que es algo diferente al retrato hecho por Rowse.

Estaba en la casa de Mr. Thoreau pasando un verano en el tiempo en que Rowse trabajaba en el retrato, y Henry y yo caminamos, paseamos en bote y hablamos sobre todo concerniente al Concord antiguo. Días deliciosos para mí que siempre recordaré.

Excúseme esta carta algo extensa; espero que pronto tendré algo definitivo y se lo escribiré.

El amigo de Concord, al que el profesor Loomis propuso que me escribiera, me envió la siguiente carta :

Concord, 17 de mayo de 1894.

Mi querido Doctor : Recibí una carta del profesor Loomis después de haberle yo enviado una de las fotos de Thoreau, en la cual quera saber quien pagó el impuesto de Thoreau, «para un caballero de Ann Arbor».

Fui a ver a Mr. S., el carcelero, la última noche, y me dijo que al atardecer encerró a Thoreau; que a eso de las nueve y media pasadas, mientras estaba fuera de casa, una mujer llamó a la puerta del frente, y que su hija respondiendo a la campanilla salió, y dicha mujer le entregó un sobre diciéndole : «Esto es para pagar el impuesto de Thoreau». Su hija no la reconoció, pues era de noche y la mujer llevaba un velo. Me dijo que en cuanto a él siempre había creído que había sido Elizabeth Hoar. Escribí al juez Hoar sobre esto y su contestación fue de que estaba fuera del pueblo en aquella ocasión; pero que siempre había creído que fue la tía

Maria quien lo hizo. No cree que su hermana lo hubiera hecho. Había sin embargo algo cierto en este asunto y es que Emerson no lo había hecho.

Piensa S. que Emerson no pudo ver a Thoreau en la cárcel, pues estaba oscureciendo y la cárcel fue pronto cerrado. Habiendo sido pagado el impuesto aquella noche, Thoreau, después del almuerzo, fue en seguida dejado libre, y como lo expresó S. : «tan furioso como un diablo». Dice que siempre quiso a Henry Thoreau; que había trabajado mucho con él luego tirando los cordales cuando ambos median diferentes campos, etc.

Cuando le dije para quien deseaba dicha información, empezó a reír, diciendo : «Ah, sí, para esa persona de baja estatura, con un traje G. A. R.». Luego me resumió su conversación con usted, diciendo : «Dígale que no debe creer al pie de la letra cuanto digo, pues cuando empiezo a hablar, puede decir algo más de lo que expreso».

Si el profesor Loomis dice que tía Maria le dijo que Emerson visitó a Thoreau en la cárcel, debemos creerlo, pues la historia es demasiado buena para perderla y muestra la diferencia entre los dos hombres : «Henry, me apena verte aquí». — «Mr. Emerson, por qué no está usted aquí?». Repetí esto a S., con la nota de que Thoreau siempre estaba dispuesto a respaldar sus principios, mientras Emerson no lo estaba. «Sí, X., eso es», fue su respuesta.

Se ha visto cómo el juez Hoar (senador Hoar) está de acuerdo con el profesor Loomis en lo concerniente al pago del impuesto. El hecho no fue mencionado durante la vida de Thoreau, pues amargamente se hubiera resentido; por lo tanto, el asunto puede dejarse como concluido y resuelto.

En cuanto a la entrevista Thoreau-Emerson en la cárcel de Concord, el profesor Loomis escribe :

Washington, 21 de mayo de 1894.

Querido Sr. : Acabo de tener noticias de Mr. X desde Concord, Mass., a quien escribí por informes relativos al asunto del pago del impuesto de Thoreau, que según veo yo él mismo se los ha escrito a usted, y que están de acuerdo con mi propio recuerdo del asunto tal como me lo dijeron.

En cuanto al encuentro de Mr. Emerson con Henry Thoreau en la cárcel de Concord, esto es lo que me dijo la tía de Henry, Maria : «Henry, ¿por qué estás aquí?» — «Waldo, ¿por qué usted no está aquí?».

Se lo oí contar varias veces y siempre la misma decía, sin variar una palabra.

No hay, pues, duda razonable sobre esta verdad. Fue impresa por vez primera en 1862, por George William Curtis, en un obituario sobre Thoreau (*Harpr's Monthly*, vol. XXV. p. 279). Nunca ha sido refutado y es característico en ambos hombres. Thoreau era el hombre de pensamiento, Thoreau de acción. Fue Thoreau y no Emerson, el que primero levantó su voz en defensa del capitán John Brown.

Dr. ARTHUR SAMUEL JONES

Trad.: V. MUÑOZ

NOTA DEL TRADUCTOR. — El encarcelamiento de Thoreau, reeditado por el artista libertario Joseph Ishill en ocasión del centenario de la muerte del filósofo (mayo

de 1962), fue por primera vez publicado en diciembre de 1893 en *The Inlander*, de Ann Arbor, Michigan, Estados Unidos.

Hubo orden de detención contra Thoreau porque se negó a pagar los impuestos al Estado, debido a que dicho Estado contra su sentir, era partidario de la esclavitud de los negros y de la guerra con el vecino México. Thoreau, por las causas relatadas (alguien pagó por él un impuesto), fue liberado y solamente pasó una noche en la cárcel. El acontecimiento en sí no sería tan importante (hubo quien ya lo hizo por idénticos motivos en su mismo pueblo, por ejemplo, el educacionista y filósofo Bronson Alcott), si no fuera que debido a él, Thoreau escribió luego su famoso ensayo *Resistencia al Gobierno Civil*, conocido posteriormente con el título de *Desobediencia Civil*. Predica en él la abstención en cuanto al voto, la tesis de que el individuo nunca puede estar representado en un gobierno, el no pagar impuestos a la coacción gubernamental, la resistencia pasiva a las fuerzas del mal, etc. Ensayo que cautivó a personas como Tolstoi y Gandhi. Este último lo hizo su «biblia» para descolonizar a la India.

Sam Staples fue luego ayudante de Thoreau, cuando el filósofo en los últimos años de su vida practicaba la profesión de agrimensor y asistió a los últimos momen-

tos de la vida del sabio, cuanto éste se moría. «Nunca vi —dijo Sam—, morir a un hombre con tanta serenidad.»

Veamos lo que dice el mismo Thoreau del asunto en su obra maestra *Walden* (tomado de la traducción de Julio Molina y Vedia): «Cierta tarde, hacia fines del primer verano, habiendo ido yo a la villa a recoger unos zapatos del taller del remendón, fui tomado preso y puesto en la cárcel, porque, como lo he relatado en otra parte, no había pagado un impuesto, o sea, no había reconocido su autoridad al Estado que compra y vende hombres, mujeres y niños, como ganado, a las mismas puertas de su senado. Yo había ido a los bosques para otros fines. Pero dondequiera que haya un hombre, los hombres lo perseguirán y lo manosearán con sus inmundas instituciones, y si pueden le obligarán a pertenecer a su inevitable sociedad de *oddfellows*. Yo habría podido resistir violentamente con más o menos éxito, podía haber corrido el *amok* contra la sociedad; pero preferí que ella lo corriera contra mí. Fui liberado al día siguiente, obtuve mis zapatos remendados y volví a los bosques a la hora de tomar mi comida de gayubas en la colina del Bello Refugio. Nunca me molestó ninguna persona, excepto las que representan al Estado.»

Aspecto moral del anarquismo

Afirmación del valor original del individuo.

Libertad de cultivarse, opinar y trabajar según propios conceptos.

Promesa inquebrantable de ser libre, que es ser uno mismo.

Garantía de que la asociación es para hacer en la vida social una prolongación de nuestra vida individual.

El anarquismo, en la medida que se confunde con un individualismo sano, decidido y responsable, puede jactarse de ser más actual que nunca.

Tierra y sol de Levante



DE vez en cuando llega como una ráfaga de noticias de nuestra tierra, de esos lugares de España que hemos amado por el encanto de su paisaje, por las sensaciones que han despertado en nuestro ser. Y las noticias avivan los recuerdos; diríase que reviven las sensaciones experimentales en nuestra existencia andariega, o las que han brotado en la placidez de una atenta lectura.

Unas cartas nos hablan de Levante. No hace mucho, un crítico de arte escribió sus impresiones al respecto de cierta exposición de cuadros en que el artista esforzase en evocar el paisaje que Gabriel Miró describe en su postres obra «Años y Leguas». Y, en torno a Miró, acabamos de leer un ensayo donde se estudia la influencia que sobre el gran escritor tuvo la literatura griega, «el mundo helénico». Y Levante, ese Levante feliz, ese inefable ambiente levantino, en el arte y en la literatura, se abre ante nuestra retina. Y el grato recordar crea una ínfima e inexpressable satisfacción.

Cuando el recuerdo nos lleva a Levante, pensamos en Gabriel Miró. Y nos consuela el contraste de vivir bajo un cielo desolado, plomizo, con débiles intermitencias de un sol anémico, relejendo una página o un capítulo de esos libros que se acarician al tocarlos, como se hace con los «libros de cabecera», con las obras maestras. «Años y leguas», «El Libro de Sigüenza», «El Obispo leproso», y los cuentos: «Nómada», «Corpus», «Dentro del cercado», reflejan todo ese Levante de contornos y tonos suaves, de costumbres arcaicas, de nitidez y laboriosidad. Otros escritores levantinos se han esforzado en plasmar en el papel la imagen del paisaje vernáculo, pero ninguno como Miró se adentra en su entraña, lo palpa, lo siente, y hasta diríase que lo absorbe, como esas abejas que liban el cáliz de las flores para después elaborar la miel. Sí, otros han hablado de Levante: Blasco Ibáñez, «Azorín», Vicente Medina, pero ¡cuán distantes de las páginas de Miró! El autor de «La Barraca» nos da la sensación de un hombre sanguíneo, impetuoso, que a grandes zancadas recorre esas tierras meridionales; y con trazos vivos, ampulosos, trata de reflejar lo que ve. «Azorín», meticuloso en el detalle, diríase que se nota cómo va haciendo literatura, impasible, hermetico ante el paisaje; con mucho talento para la evocación, pero sin dejarse llevar jamás de la emoción. El poeta Vicente Medina diríase que escribe para las almas sencillas, elabora una poesía para ellas, pulsando siempre la misma cuerda, apegado al terruño y escribiendo para los del terruño.

Dijo Nietzsche, en uno de sus libros, aquello que tanto se ha citado, o sea, que amaba que el escritor pusiera en su obra su propia sangre. Es lo que notamos al través de las obras de Gabriel Miró: el hombre que con exquisitez, con inigualada sensibilidad, se ofrece y se funde en su propia obra. La mirada clara, absorta, de Miró, se posa en las cosas y capta la imagen, el matiz que nosotros vemos como él, una vez nos lo ha hecho conocer, nos lo ha revelado, nos lo ha descubierto. Hay en varios de los libros de Gabriel Miró un personaje andariego, soñador, es Sigüenza, El escritor nos descubre sus impresiones, su vida, sus reacciones ante su «mundo circundante»: esas gentes sencillas que viven en el campo alicantino, bajo un cielo sereno; a veces de un azul impecable durante meses y meses, sin que lo empañen esas nubes cenizas que tanto ansian esos humildes campesinos, a quienes el agua de lluvia les da vida y contento. Miró trasmite en el sentir de Sigüenza es él, con sus afectos, con sus cualidades, con su leve ironía, con la neblina de sus tristezas, con su profunda, intensa percepción. «Sigüenza — dice — se ve como espectáculo de sus ojos, siempre a la misma distancia siendo él.»

Sigüenza siente el goce de caminar para dar encanto, placer, a la mirada embelesada de paisajes. Andar a la ventura, pisando esas sendas que se pierden, unas veces para llegar a la paz de los casales, blancos, enjalbegados, embellecidos por el verde claro de los parrales, o el verde oscuro de las higueras. «Sendas frescas — dice Miró — como si principiase a correr esta tarde. Sendas humildes hechas de pisadas ajenas, y siempre parece que se dejan abrir virginalmente por nuestros pies. Nuestros pies obedecen las viejas pisadas de otros hombres, y afirman la senda para los que han de venir. Seguimos y creamos. Y ofreciendo su elogio, inspirado por la felicidad de hoy, Sigüenza ve un resplandor azul de los riegos, y exclama: «¡Ser como el agua de estos manantiales, agua estremecida de todas las imágenes del camino; la misma agua desde la sierra al llano; el mismo cuerpo en cada gota y en las distancias; en su conjunto y multiplicadamente, sin perderse en su unidad!».

Miró evoca ese claro de luz del paisaje levantino, acariciado por el sol. «El horizonte, la costa, el pinar, y las labranzas se quemaban en una luz de miel.» Así, en todas sus páginas, la visualidad que ofrece en sus descripciones, que como decía Gómez de Baquero, puede decirse que alcanzan un sentido plástico, es fiel trasunto de esa luz diáfana que llena las cosas de un encanto singular. Desde la piedra inerte hasta la minúscula

PULSO

La cultura y la dictadura

ENTRE las víctimas selectas de la última represión franquista figuran una escritora, un poeta, un crítico (cinematográfico) y un abogado. En otro trabajo anterior de CENIT nos ocupábamos del aporte notable de la nueva generación intelectual española a la lucha contra el fascismo, e incluso la bautizamos con el honroso patronímico de «La Guerrilla del Espíritu» (1).

En efecto, si la Dictadura pudo contar siempre con el concurso entusiasta de la aristocracia, el Ejército y la Iglesia, lo más vivo y grande de la intelectualidad escapó, en cierto modo, a su ominoso control, siendo como dos «seres» obligados a vivir juntos que se vigilan, desconfían, critican y difieren continuamente. Exceptuando algunas viejas plumas que quedaron para limpiar las losas taconeadas por las botas protorianas salpicadas de sangre, los más recios valores de la nueva novelística, la poesía y el cine se dieron cuenta en seguida que su puesto estaba al lado del pueblo escarnecido, al lado de quienes, como dijo el hombre im-

(1) CENIT, núm. 123.

poluto de Nazaret, «tienen hambre y sed de justicia».

Es cierto que al principio estos intelectuales disconformes mantenían una actitud excesivamente blanda que hacían pensar que no estaban, en realidad, frente a la tiranía. Era comprensible. Ortega y Gasset lo reflejó muy bien en aquella serie de libros que escribiera bajo el cielo madrileño y que llevan por título «Es Espectador». La inteligencia columbra el horizonte con una mayor precisión, con unas luces más vivas, con un ánimo más sereno. Los cuatro puntos cardinales del mundo diplomático convergían en otro concéntrico visiblemente negativo, hostil, en cuanto a las posibilidades reales de la caída de la dictadura. Franco era el hijo natural de la Europa fascista y medrosa de 1935-1942. Con el final político de la última gran guerra, Europea debía cambiar, pero en cuanto a Iberia de una forma más lenta, alternativa y claudicante. El duelo ruso-americano o guerra fría venía a constituir una serie aplicada de balones de oxígeno que salvan, in extremis, al tirano de España. Si Europa lo parió es ella misma la que (imitando a esa madre fran-

cesa que dio a luz un monstruo, matándolo después), está asfixiando a Franco. La reunión de Munich fue un primer apretón apretón a su garganta enfermiza. Luego el «mercado común», las huelgas obreras empalmadas, las bombas que estallan por doquier, la Alianza Sindical CNT-UGT y el entendimiento entre todas las fuerzas políticas de la oposición son nudos y tendones de la misma garra grande que acabará, un día u otro, por extraerle su lengua viscosa y arrancarle el último suspiro.

Este nuevo horizonte europeo es el que ha visto la vanguardia de la joven generación intelectual española que mira lejos, piensa hondo y pisa fuerte cuando el momento llega. Ahí está sino el ejemplo dado por una escritora, un poeta, un crítico y un juriconsulto que por haberse manifestado públicamente en favor de los obreros en huelga y contra el régimen ignominioso que encarna Francisco Franco están purgando una pena que es la más brillante condecoración, el mayor título de gloria, que pueden ostentar hoy los hijos espirituales de Cervantes, Costa, Unamuno, Baroja, Menéndez Pidal, Alaiz, Besteiro, Issac Puente, Ortega, J. Ramón Jiménez y Federico García Lorca.

Decididamente, la Cultura es el antípoda natural de la Dictadura.

CONRADO LIZCANO

Francia, septiembre 1962.

yerbecilla, en la prosa de Miró adquieren calidades que los hacen ser merecedores de la mirada que acaricia, capaz de comprender lo que representa el conjunto de unidades, valorizadoras, indispensables para dar fuerza y color al paisaje.

No tiene — ya se ha repetido muchas veces — la prosa castellana, otro escritor que, como Gabriel Miró, haya sabido aunar el poder evocador de la imagen a la belleza expresiva. La mayor parte de los libros de Miró se leen y releen con la fruición del que paladea una exquisita golosina; con la veneración del que posee y ama una joya y sobre ella detiene la mirada con embeleso. De ahí que, cuando la nostalgia nos lleva a recordar el paisaje de España, o cuando otros lo evocan, entre los escritores que en realizarlo han puesto calidad y afecto, descuella con prestigio literario inconfundible el estro creador del levantino Gabriel Miró.

FONTAURA



Repúblicas y Rehidepúblicas

LIMALLA. — Las maravillas de la gran República de los dólares unidos del Norte de América, me las mete a puñados por los ojos — las maravillas, no los dólares — el cuatezón que ha salido estos días de allá en motocicleta; es decir, entre una pedarada y tronamenta de cuescos, que echaron el firmamento abajo, si Dios y el cielo lo fueran dos fulerías y dos tomaduras del rizo, tan monumentales como las dos pesnas del Continente que bailando nos aguantan.

No deja de tener su encanto — no me digan — que en la misma farmacia, en que te venden por la tercera fuerza un ojo de la contrafaz, remedios que nada curan, haya kiko o nevera y barra de bar, en que te sirven vermús, licores y venenos que matan como el rayo. Del mismo modo que en más de una iglesia existen chocolaterías y cremierías, con producción elaborada a remo.

Quizás a los turistas les ponga también los ojos en blanco la ganga de que, al desembarcar en Puerto Rico — isla arruinada por los otros trusts yanquis del azúcar, del café, del tabaco y de la caña — chicas apenas de diez años les ofrezcan el esmirriado cuerpo y hasta la inocencia de hermanitas menores por 20 cents. no más.

Pero, ya hace menos gracia que, cuando un automóvil te pasa por encima — y no hay Navidad, en que esas fieras mecánicas no hagan pastillo de cuatro o cinco mil borrachos — para admitirle en el hospital, te exijan un depósito de seis veces el valor probable de la atención médica.

Libertad de cultos y de eso mismo sin t. — No sé si dije ya que el 60 por 100 de los matrimonios van en Samuelia seguidos de divorcio por adulterio o disenso mutuo, al año escaso de la consumación y de la consumición por asco de ambos yunteros o cónyuges. En esas pantomimas o vediles, que debieran presidir las kilométricas dos ancas del actor Santpere en calzoncillos, es declarado siempre culpable el marido y obligado a cargar con los alimentos de la divorciada, de hijos que muchas veces no son de su padre y del rodri-gón a quien ha salido la prole. Los presbiteros son los que pegan a los bóvidos del yugo de Apis y las flechas de Cupido, bajonazos más traicioneros. Hay unas tres mil religiones en los Estados Unidos, a pesar de que en las estadísticas no figuran más que 256. Cualquiera pueblo de cinco o seis mil habitantes cuenta con 38 iglesias, desde las que operan un centenar de córvidos, con un agarre que ni el dragón del Apocalipsis (capítulo XIII). Y bien : a toda esta caballería de misa y triduo les llenan la olla las mujeres, a cambio de que ellos les pongan a ellas a hervir la otra olla.

El mejor oficio, no calentarse el lomo. — A demócratas y republicanos — los mismos perros con placa y trabuco distintos — les tira la reacción más que la taberna y el convolar a justas nupcias con disolución a 30 días toque. Inmigrante español, que a nado llega a Filadelfia o a Nueva Orleans, sin documento posible, y huyendo de los mondongos de Franco, lo echan de nuevo al agua. Si se lo comen los tiburones, mejor. ¡Un rojo menos! En cambio, los nazis achicharradores de judíos cuentan desde luego con todas las sonrisas oficiales: « ¿German? ». « Ya, yes ». « Come in, my dear ». Ser policía en la Unión de los qué barras, es tan relindo como ir a pescar cámbaro y sacarse en la punta del anzuelo la mitra de Trajanópolis. Se calcula en 40 millones de familias norteamericanas — toda la Nación laborante — no emponchan más de 150 dólares de ingreso al mes; o sea, 100 menos de los que se necesitan para no vivir con la cuerda al cuello. Pues bien : cada agente del tifus, vulgo autoridad, devenga 12 dólares diarios por 9 horas de jornada, pasadas en la cántina, dejándose convidar por tahures y pellejas. No se fatigan así más que cinco días a la semana. Y disfrutan al año de dos meses de vacación pagada. Las horas extras — pan nuestro de cada día — las cobran doble. ¡Y que vengan huelgas y gangsters políticos o de Chicago, a hacerles la cusca! A los 25 años de derrengamiento en bares y pellejerías, los retiran con todos los honores y honorarios. Y gozan de preferencia en Bancos y factajes, para empleos de cobrar por lucir gaya patilla. Pero, aún es prebenda con más magro y gordo la de sorche. Los que hacen el conquistador a lo tenorio por Europa, perciben los que menos 100 dólares cada trentena, con todos los gastos cubiertos. Rosbif de falda tienen gratis el que quieren. Alguna gatita de ésas que maullan cuando oyen decir «miss, miss», es cupe en la cara o arrea un bofetón de cuello vuelto al que la palpa sin las licencias del Ordinario. A la mayoría las doblega y las hace capitular como a Madrid la conjuración del mundo entero contra su virtud : hambre, desnudez, etc. Muchos héroes de la liberación de Europa volvieron a sus lares, sin haber oído un tiro; y con 30 mil dólares ahorrados o raziados, en la cartera. El Estado sintético — e plúribus unum — regaló dos mil lincolns a cada fierabrás de pacotilla. Y cada uno de los Estados de la cuadrilla hizo a sus boys obsequios semejantes. En espera de otro alburito tan desopilante, los desmovilizados, ex combatientes efectivos o supósitos, se han afiliado a la Legión Americana, patota de talle o tipo fascista, que no dejó hablar en público a Wallace y que, so pretexto de cerrar el paso al comunismo, corta la

El conocedor de todas las lenguas se marchó, sin tiempo, al cuchitril en que vivía, lleno todo él de libros: su fortuna. Ni para comer, el día que nada tenía que comer, imaginaba desprenderse de uno.

ERASE un editor al que las pocas letras no impidieron, más bien facilitaron, amontonar fortuna cuantiosa. Había llegado a la ciudad no sabía cuándo, cómo, ni dónde. Sin oficio ni profesión, se puso a vender libros por los cafés y otros lugares públicos: libros que mostraba y libros que no mostraba sino a escondidas. Más aceptados éstos que aquéllos en los cafés, y otros lugares públicos, no importa dónde.

El peligro, no grande, pero peligro, que había corrido con los libros vendidos a escondidas, le apartó más tarde de dedicarse a editarlos, aunque ningunos habría editado con más gusto, seguro de su rendimiento. Por fortuna, había entre los otros muchos que también se vendían, y no un día sí, y al siguiente no: todos los días. En cuanto reunió unos pocos ahorros — era muy económico — editó uno de aquellos libros por su cuenta. ¿Para qué dar a otros dinero que él podía ganar?

El libro, con cubierta digna del texto — una mujer que desesperada se lanzaba en los brazos de un hombre — se vendió más que antes. Pronto editó otro, de texto parecido y cubierta parecida, y pronto otros y otros. Así había llegado a tener el catálogo más nutrido del país, y a ser el editor más popular del país.



respiración a toda tendencia libre. Hace poco celebró la Legión un Congreso en New York. Gran parte de los legionarios, hospedados en un hotel de Broadway o su cintura, hicieron en las orgías nocturnas en que velaban las armas, destrozos de vajilla y de muebles por valor de 45 mil dólares. Cuando a esos peludos los inspiraba el espíritu santo del whisky, no podía aventurarse nadie por las cercanías, porque de ventanas y balcones llovían botellas, cubetas de hielo y platos de salsa; y hasta bidets, gomas usadas y caperuzas de todo género de puputs.

ANGEL SAMBLANCAT

VERSIONES

por DENIS

EL

Nunca tuvo trato con los autores, salvo con los que le pagaban por editar sus libros: libros que no se vendían, pero que le importaba poco, puesto que se los habían pagado, que no se vendieran. Los autores de los otros, de los que se vendían, era una casualidad, pero todos hacía tiempo que habían muerto. Una pejiquera menos, porque sin duda no habría logrado entenderse con ellos: habrían querido compartir con él un dinero que sólo él ganaba.

Sus luchas con los traductores, con los cuales si se vió obligado a tratar, se lo mostraban. Ponían en la lengua del país libros que les gustaban, que era para ellos un placer traducir, y encima querían cobrar. Y no cualquier cosa, cantidades fabulosas: como si hubieran realizado un trabajo, como si no hubiera sido, lo hecho por ellos, un entretenimiento, un puro entretenimiento.

Sin el apremio en que se veía de aceptar sus traducciones, los habría mandado a paseo. Sí, señor, a paseo: hombres sin maneras, que parecía mentira tuvieran conocimiento de otras lenguas. No podía mandarlos a paseo. Había publicado ya todo cuantos otros, muertos como los autores, habían traducido. O tenía que dejar de editar, o contentarse con las reediciones de lo ya editado, o tenía que afrontar la lucha con ellos. Era preferible afrontar la lucha, con todos los disgustos que le proporcionaba. El público estaba allí, consumiendo todos los géneros — los llamaba así — que ponía a la venta.

Acabó por encontrar modo de salvarse de los disgustos de la lucha, constantes, constantes. Buscó un director, sin otra misión que la de entenderse con los traductores. No su doble, pero casi su doble. Con tan pocas letras como él, y con juicio semejante al suyo sobre los traductores, sobre quienes querían cobrar como un trabajo cosa que no era sino un pasatiempo.

Entre los innumerables libros que había publicado el editor, figuraba uno que se vendía tanto como el que más, y que era reeditado tres o cuatro veces por año. El libro, que trataba de la mujer a través de los tiempos, razón de que vendiera tanto, no sin duda de que se leyera, porque era ilegible, tenía diez o quince veces más notas que texto. Y con las diferentes ediciones, en ningún

Los hombres se asocian para persuadirse y convencerse, no para imponerse ni vencer.

Vencer por votos o por agotamiento físico es indigno de una asociación de trabajadores.

El objeto más importante de una organización libre es la defensa de las libertades individuales.

EDITOR

modo cuidadas — no valía la pena cuidar ninguna, a juicio del editor — una línea que pertenecía allá aparecía aquí, otras se habían perdido y no habían sido sustituidas, otras, en fin, habían ido a parar a las notas desde el texto, que se había quedado simplemente sin ellas, sin perder nada. Con el trastoque de las líneas de las notas, por otra parte, citas de Luciano aparecían como de San Agustín, citas de Tolstoi como de Aristóteles, y citas de Aristóteles como de cualquier novelista contemporáneo del autor, nada exigente en su investigación, y que había amontonado al pie de las páginas de su libro todo lo que le había caído en las manos.

Algunos lectores, algunos de los raros lectores que habían hojeado semejante libraco, se habían quejado ya del maremagnum que eran sus notas. Y precisamente el día que el director — el hombre en quien había descargado el editor la tarea de luchar con los traductores — acababa de leer la protesta indignada de uno de los raros lectores del libraco, un traductor le presentó a un amigo que buscaba trabajo.

Extraño tipo el amigo del traductor. Salido de quién sabe qué tiempos. Desde la niñez no le había llamado la atención otro estudio que el de las lenguas, y las había aprendido todas: las muertas y las vivas. Y con todas las lenguas, las muertas y las vivas, a cuestras, se iba muchos días a dormir sin haber abierto la boca para llevar a ella un pedazo de pan. No tendría que haber aprendido sino unas cuantas palabras de cada una para ganarse bien la vida en cualquier menester. Tenía — ya se ha dicho que hombre salido de no se sabe qué tiempos — horror a todo menester ajeno a las letras. ¡Pobrecillo, pobrecillo!

— Viene usted de perilla — le dijo el director —. Tenemos aquí un libro, que no se vende mal, y en el que, al parecer, se han deslizado algunos errores. Reviselo usted, ponga las cosas en orden, y ya encontraremos después otra cosa. Se ha abierto usted una puerta.

Entregó al protegido — no otra cosa que un protegido — un ejemplar del libraco, y le explicó, rápidamente, el trabajo que de él esperaba. No gran cosa, desde luego. Con una simple lectura notaría dónde faltaba algo, y dónde sobraba.

El conocedor de todas las lenguas se marchó, sin tiempo, al cuchitril en que vivía, lleno todo él de libros: su fortuna. Ni para comer, el día que nada tenía que comer, imaginaba desprenderse de uno.

Comenzó, sin tardanza, su tarea. Nada fácil. Apenas había nota que no tuviera que traducir de nuevo. El autor de la investigación sobre la mujer a través de los tiempos, que no había investigado nada, las había cogido imposible averiguar dónde. El texto mismo no era en gran parte suyo, aunque no lo decía. Daba como suyos fragmentos ajenos, que perdían toda su gracia manipulados por él, metidos entre su prosa, que no era ni prosa: amontonamiento de palabras entre el que las palabras que nacieron con vida la habían perdido.

No se atrevió a tocar el texto, salvo donde faltaban líneas. Procuró allí enlazar lo roto, esforzándose en no salir de la vulgaridad general. Con las notas fue otra cosa. Desde la primera a la última — tenía los textos a la mano, en su lengua original, y cuando no iba a buscarlos a las bibliotecas — las redactó de nuevo: hizo decir a los autores, en la lengua del país, aquello que decían en la suya. Consultando, sí, cómo los habían traducido otros, salvando, por cómo los habían traducido otros, algunas dificultades. No siempre su interpretación era la exacta. No siempre otras — lo comprendo —, eran tan exactas como la suya.

Le ocupó ese trabajo, gozosamente, unos cuantos meses. Durante los cuales vivió no habría sabido decir cómo. Muchos, muchos días como cuando no trabajaba: sin comer. Ya comería después. Ir a pedir dinero, un poco de dinero, a cuenta de su trabajo, no, no, en modo alguno. El director había sido amable, muy amable para él. Tal vez pedirle dinero acabara con su amabilidad.

Terminada, al fin, su tarea, se encaminó, satisfecho de ella, a entregarla. No estaba el director. Le recibió el editor, para quien era desconocido, y al que tampoco él conocía y que, creyéndole un traductor nuevo — un enemigo —, le preguntó:

— ¿Qué trae usted aquí?

Explicó, el conocedor de todas las lenguas, qué llevaba.

— ¡Trabajo inútil, trabajo inútil! — dijo el editor.

Y sin dejar al que había trabajado inútilmente decir nada, concluyó:

— Ese libro se vende muy bien tal como está.



El verdadero papel de una asociación consiste en defender y proteger, con toda su fuerza colectiva, la persona y la personalidad de cada uno de sus miembros, sin que en ningún caso quede mermada ni la una ni la otra, pues el individuo permanece tan libre como antes de coger un carnet.

Hombre y mujer

ES un hecho reconocido que la diferencia entre los hombres y las mujeres en lo físico no es igualmente marcada en todas las razas. Esa diferencia es más grande, por ejemplo, en las razas barbudas que en las razas imberbes. En las tribus de la América del Sur, el hombre y la mujer tienen una semejanza general en las formas, etc., que deja atrás lo que se ve de ordinario en otras partes. De donde una cuestión que se presenta por sí misma: La diferencia de los sexos en cuanto al carácter mental, ¿es constante, o variable en grado? No es verosímil que sea contante; desde entonces ¿cuál es la extensión de la variación y bajo qué condiciones se produce?

La comparación entre los sexos puede naturalmente subdividirse de la misma manera que la comparación entre las razas. Ante todo, habrá que considerar la masa y la complejidad mental relativa. Si se admite que la distribución muy desigual entre los dos sexos de la tarea en la obra común de la reproducción es la causa de su desemejanza en cuanto a la masa mental, como en cuanto a lo físico, se podrá estudiar esta diferencia refiriéndose a las diferencias de fecundidad de las diversas razas, a las diversas edades en que la fecundidad comienza a la extensión del tiempo que dura.

Esta cuestión apela otra, que es vecina suya: ¿En qué medida el desenvolvimiento del espíritu en los dos sexos recibe una influencia de sus costumbres respectivas de alimento y de actividad física? En muchas razas inferiores, la mujer, tratada con extrema brutalidad, es en lo físico muy inferior al hombre: la causa de ello está sin duda a la vez en el exceso de trabajo y la falta de alimento. Esta causa ¿no produce al mismo tiempo una interrupción en el desenvolvimiento mental?

Si la desemejanza física y men-

tal de los dos sexos no es constante, entonces, suponiendo que todas las razas son ramas sólidas de un mismo tronco primitivo, es preciso que en cada sexo las diferencias se hayan transmitido a través de las generaciones acumulándose. Si, por ejemplo, el hombre prehistórico fué imberbe, entonces, para que una variedad de hombres provistos de barba se produjese, ha sido preciso que en esta variedad los varones transmitían a sus descendientes del mismo sexo una barba cada vez más abundante. Si la herencia puede así ser limitada a un sexo, y tenemos ejemplos numerosos de ello en todo el reino animal, el hecho puede perfectamente suceder en cuanto a las disposiciones del cerebro, lo mismo que en cuanto a las de otros órganos. De donde esta cuestión: En los diversos tipos de la humanidad, las diferencias de los sexos en cuanto al carácter mental ¿no pueden ser de géneros y grados diversos?

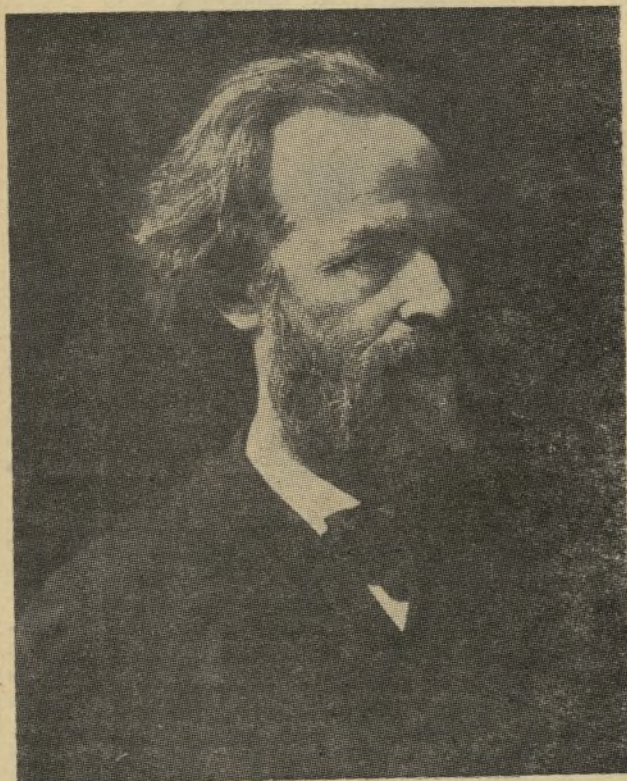
¿Se puede observar alguna relación entre esas diferencias variables y las partes variables que los dos sexos pueden tomar en los trabajos de la vida? Admitamos que los efectos de la costumbre sobre la función y la estructura del órgano se acumulen, que la herencia sea limitada por el sexo; en ese caso, si, en una sociedad dada, los actos de un sexo difieren, durante largas generaciones, de los actos del otro, el espíritu de cada sexo, debe esperarse, sufrirá una acomodación propia. Se pueden citar algunos ejemplos en apoyo. Entre los africanos de Loango y de otras comarcas, como también entre algunas tribus montañosas de la India, hay una diferencia radical entre el hombre y la mujer: él es blando, ella activa: sin duda una vida industrial ha llegado a ser tan natural a las mujeres, que no tienen necesidad de ser obligadas a ella. Evidentemente, tales hechos ha-

cen venir a la mente toda una larga serie de cuestiones. La limitación de la herencia a un solo sexo puede explicar las diferencias que separan el espíritu del hombre del de la mujer en todas las razas, y las diferencias particulares de cada raza o de cada sociedad. Un problema secundario, pero digno de interés, sería saber en qué medida esas diferencias pueden ser invertidas por la inversión de las relaciones sociales y domésticas, tal como se observa entre las tribus montañosas de los Khasi, donde las mujeres tienen hasta tal punto vara alta que despiden de manera expeditiva a sus maridos si las desagradan.

Como se comparan las razas, del mismo modo se pueden comparar los sexos en cada raza, en lo que concierne a la agilidad mental. ¿Se puede erigir en verdad absoluta la proposición, que parece en general cierta, de que las mujeres son menos capaces de modificaciones, y los hombres más? Las mujeres tienen más el espíritu conservador; están más fuertemente unidas a las ideas y a los usos establecidos: eso es lo que se ve claramente en muchas sociedades civilizadas o semicivilizadas. ¿Sucede lo mismo entre los salvajes? Un ejemplo curioso, en el que se ve cuán más apegadas están las mujeres a la costumbre que los hombres, es el que Dalton ha recogido en los juangos, una de las más bajas entre las tribus salvajes de Bengala. Hasta estos últimos tiempos, el único vestido para los dos sexos era en ellos un poco más ligero que el vestido atribuido por la leyenda hebrea a Adán y Eva. Hace algunos años, los hombres se dejaron persuadir a ponerse una faja de tela alrededor de los riñones; pero las mujeres sostienen con tesón el uso primitivo: ¿se habría esperado ver el espíritu de conservación manifestarse así?

HERBERT SPENCER

ELISEO RECLUS Y MIGUEL BAKUNIN



SE conocían los dos muy bien, como hombres y como anarquistas, aunque no llegaron a una completa y práctica cooperación. Entre la joven generación revolucionaria que Bakunin, después de doce años de ausencia en la prisión y en el exilio (1849-61), trató de ganar para sus ideas y coordinar como un sólido cuerpo revolucionario, los hermanos Elías y Eliseo Reclus de París no escaparon a su perspicaz atención. Además Elías Reclus y Bakunin tenían algunos comunes amigos poloneses y a través de éstos los tres se encontraron cuando en noviembre de 1864 Bakunin retornó de Estocolmo y Londres a Italia. Había entonces planeado y empezado a formar una sociedad secreta que, como podemos ver en documentos escritos en 1866 se llamaba la *Société internationale révolutionnaire* y que, desde que sus activos miembros se llamaban *Frères internationaux*, pronto fue denominada la *Fraternité internationale*. Tenían la intención de dar a la próxima revolución que el ocaso de la autocracia de Napoleón III aparecía hacer inminente e inevitable, un carácter social revolucionario, destructora del Estado y bien guardada contra los peligros que hicieron de pre-

vias revoluciones, dictaduras, exclusivas explotaciones de intereses burgueses, etc. Europa sería reconstruida sobre la base de la autonomía local y la federación, sin respeto por las presentes fronteras de los Estados; el trabajo sería distribuido por la más amplia aplicación del principio de la asociación; el privilegio sería abolido mediante la supresión del derecho de herencia; toda propiedad de alguna importancia resultante de la muerte de su actual propietario sería vertida a un fondo para la educación, instrucción y aprendizaje de todos los niños, de manera a dar en el marco de una generación iguales posibilidades para todos. Estas ideas y su correspondiente acción revolucionaria, en donde fuera posible, se realizarían mediante grupos y sociedades de todas clases que serían formadas secretamente y su acción coordinada, controlada e inspirada en un sentido completamente revolucionario por las hermandades nacionales e internacionales. Elías y Eliseo Reclus aceptaron esta idea que en aquel tiempo, cuando Mazzini y Blanqui habían reunido a los nacionalistas de varios países y a los socialistas autoritarios de Francia en sociedades similares, representaba una idea muy práctica, concebida antes de que la Asociación Internacional de los Trabajadores fuera fundada. Eliseo Reclus hacía ya tiempo que era un anarquista de corazón y deseaba soportar todos los esfuerzos que se hiciesen en tal sentido; en aquel tiempo no existía ningún movimiento anarquista y el ensayo de Bakunin era lo primero que se hacía en dicha dirección. La erupción del Monte Etna, en la primavera de 1865, hizo que Eliseo viajara a Sicilia, describiendo este viaje en *La Sicile et l'Eruption de l'Etna* en 1865, *récit de voyage en La Tour du Monde*, el popular periódico geográfico, vol. III (1865), páginas 353-416 y en la *Revue des deux mondes*, 1 de julio de 1865, págs. 110-138. Fue entonces cuando se detuvo en Florencia para visitar a Bakunin y así se interiorizó más en el trabajo de la sociedad secreta, viendo a los miembros italianos de la localidad, entre ellos Angelo de Gubernatis que se casó con una conocida rusa de Bakunin y que por un corto periodo se interesó en estas ideas. Eliseo continuó su contacto con Bakunin por correspondencia, pero todas las cartas se han perdido.

Cuando el Congreso de Ginebra, que finalizó con la fundación de la *Liga de la Paz y la Libertad*, fue convocado el 11 de junio de 1867, los hermanos Reclus, como muchos otros, firmaron la primera lista de adherentes. Bakunin participó en el Congreso (septiembre de 1867), su primera aparición a lo que fue considerado como la primera convención de la democracia europea. Los dos Reclus eran activos en esta organización y Eliseo,

que asistió al segundo congreso, que tuvo lugar en Berna (septiembre de 1868), hizo un verdadero relato gráfico del trabajo interior de dicho congreso en una carta a su hermano impresa en la «Correspondencia», vol. I. La Liga, después de todo, fue esencialmente burguesa y Bakunin, con sus amigos, distanciaron sus contactos con ella al finalizar el Congreso de Berna, en donde Bakunin expuso sus ideas en un número de espléndidos discursos. Entre los 18 que firman la **Protesta colectiva de los miembros disidentes del Congreso**, estaban Bakunin, que la escribió, y los franceses Eliseo Reclus, Aristide Rey, Victor Jaclard, Carlos Keller, J. Bedouche, todos de París, y Alberto Richard, de Lyon. La mayoría de éstos y sus compañeros de otras nacionalidades fundaron entonces la **Alianza internacional de la democracia socialista**. Los que eran miembros del íntimo círculo de Bakunin, la **Fraternidad**, formaron una secreta organización por debajo de la nueva Alianza. Bakunin consideraba importantes tales arreglos con el fin de asegurar una cooperación puntual; Reclus era de quienes no se inmiscuían en el detalle de todo ese trabajo de organización. Por aquel tiempo tuvo lugar una revolución española, el destronamiento de Isabel, y Elías Reclus, que estaba en contacto con los republicanos, viajó a España junto con Aristide Rey, un socialista avanzado, pero no un hombre de acción. Las impresiones de Elías Reclus sobre España fueron impresas en la **Revue politique et littéraire** de París, en los meses siguientes. El más activo compañero italiano de Bakunin, Giuseppe Fanelli, también se trasladó a España con propósitos puramente revolucionarios; organizando allí las primeras secciones de la Internacional en Madrid y en Barcelona, seleccionando a los primeros iniciados también, impartiendo en ellos las ideas de Bakunin tan completamente, que, por cierto, la completa y amplia organización de la sección española de la Internacional fue construida como una secuela de esta iniciativa y en el espíritu de las ideas de Bakunin que también eran la de los italianos y de una parte de los internacionalistas suizos y franceses. No sabemos lo que Eliseo Reclus hubiera reaccionado ante tal situación, pero lo cierto es que Elías Reclus no estaba satisfecho con los procedimientos de Fanelli; encontrándose así cohibido ante sus amigos republicanos y resentido ante la acción consecuente de Fanelli que minaba la fe de todos los políticos, y, por lo tanto, también en los republicanos federalistas. Este hecho y la inevitable acción de Bakunin, además de su protesta literaria contra la sombra particular de socialismo propuesta en París por una señora socialista, Madame André-Leon, que era partidaria de ideas temporizadoras, en una social cooperación entre burgueses y obreros —esta señora que también era amiga de los Reclus—, causó más bien un profundo distanciamiento entre Bakunin y Elías, mientras que nunca tuvo diferencia alguna con Eliseo, al menos que yo sepa. Eliseo Reclus no se inclinó hacia ningún lado, respecto a Bakunin, amando a su hermano y, como aún no había pa-



sado por el acontecimiento de la Comuna de París y la crueldad de Versalles, probablemente se inclinó por las moderadas concepciones de su hermano más bien que por las perspectivas realmente revolucionarias de Bakunin.

Debe esto tenerse en cuenta para comprender las palabras de Bakunin sobre Eliseo y Elías en un manuscrito de 1871, tratando de las ideas de Mazzini:

«Ella (Madame André-Leon en una alocución pronunciada en 1871, después de la Comuna) aún cree en la reconciliación de la burguesía y del proletariado... No tengo el honor de conocerla personalmente, pero, no obstante, sé mucho de ella, primero por sus bellas novelas sociales que han hecho famoso su nombre en Europa, y, por último y sobre todo, por sus más íntimos amigos, entre los cuales mencionaré a los dos hermanos Reclus, dos hombres de estudio y al mismo tiempo los más nobles, desinteresados y puros hombres, los más religiosamente dedicados a sus principios que he encontrado en mi vida. Si Mazzini los hubiera conocido como yo los conozco, tal vez se hubiera convencido de que se puede ser profundamente religioso, a la vez que se profesa el ateísmo. No son hombres que llevan el sentido del deber hasta su punto culminante y, sin embargo, han cumplido su deber hasta el fin. Los dos lucharon en la Comuna. No sé lo que ha sido del mayor, pero sé que el segundo (Eliseo) está en Brest en un barco-cárcel, con miles de guardias nacionales prisioneros como él, a los que consuela con su siempre serena inteligencia, su amor sin límites y su admirable fuerza moral.»

«En los principios siempre estuvimos unidos a menudo, pero casi siempre separados en la cuestión de la realización de dichos principios. También ellos, como su señora amiga, creían, al menos hicieron tal cosa hace dos años, en la posibilidad de la conciliación de los intereses de la burguesía con las legítimas reivindicaciones del proletariado. También creían, como Mazzini, que el proletariado debería unir sus esfuerzos con la burguesía radical para el logro de una revolución que primero sería exclusivamente política, de manera a proceder luego con la ayuda de la misma bur-

guesia a las reformas económicas y sociales.»

«Ellos, antes que nada me enseñaron a conocer a Madame André-Leo, su amiga...»

Naturalmente, sería necesario diferenciar las ideas de Elías, Eliseo y Madame André-Leo, que no eran del todo idénticas, pero el pasaje citado enseña, después de todo, las profundas impresiones del carácter de los dos hermanos que hicieron mella en Bakunin: a muy pocos seres elogió con similar alabanza.

El Diario de Bakunin de 1872 anota cómo se encontraron de nuevo. El 11 de abril en Locarno: inesperada llegada de Eliseo Reclus; el 13, carta a Eliseo Reclus incluyendo cartas para los internacionales de Milán; el 18, Bakunin y Fanelli viajaron por el lago Maggiore hasta Luino, y de aquí hasta Lugano, en donde pasaron el día entero con Reclus que a la sazón residía allí; el 2 y el 3 de mayo: se intercambian cartas y Eliseo envió a Bakunin; otra correspondencia los días 17 y 18 de mayo, el 1 y el 4 de junio, y el 3 y el 6 de noviembre. En Zurich, Bakunin visita a Elías Reclus (el 7 de julio y el 11 de octubre). Eliseo visita a Bakunin en diciembre de 1872, en Locarno; en una carta a Luis Pindy, un miembro de la Comuna de París, Bakunin, cuyos Diarios ulteriores se han perdido, escribía el 11 de enero de 1873:

«Nosotros, y sobre todo yo, tenemos tan pocos amigos franceses. Usted, Alerini, Camet, he ahí todo nuestro círculo. ¡Ah! No debo olvidar a ese excelente Eliseo Reclus que vino a verme hace tres o cuatro semanas (el 17 y el 18 de diciembre), y con quien llegamos siempre a una mejor comprensión. Es el modelo de un hombre —tan puro, noble, sencillo, modesto y olvidadizo de sí mismo—. Tal vez no tiene todo el deseable *diable au corps* (expresión favorita de Bakunin para describir la ilimitada energía e iniciativa revolucionarias), pero esto es un asunto de temperamento y «la más hermosa muchacha no puede dar más de lo que tiene» (proverbio francés). Es un amigo de valor, de lo más seguro, muy serio, enteramente sincero y completamente afecto a nuestra causa.»

Estas notas permitan también ver que Eliseo se mantenía distanciado del particular e interno movimiento, pero que gozaban, no obstante, del mayor respeto y simpatía de Bakunin. Cuando la segunda esposa de Eliseo Reclus, Madame Fanny Reclus, murió en Lugano, Bakunin envió la siguiente e inédita carta:

«Locarno, 19 de febrero de 1874.

Amigo mío: Qué terrible desgracia. En presencia de semejante catástrofe, no existe consuelo. La sola posible cosa es conformarse a esa fatalidad, hacer

lo que debe hacerse, hasta el amargo fin. Después de esto existe una especie de dulzura en la simpatía de un pequeño número de amigos... eso es todo. Los asuntos públicos desde hace varios años, desde la caída de la Comuna de París, han dejado de ser una compensación, son un deber y uno de los más duros... ¿Cómo los pobres niños soportaron la muerte de su madre adoptiva? Afortunadamente usted no está solo —dos buenas almas cerca de usted comparten su tristeza.

Espero que me escriba pronto, soy afecto a usted con todo mi corazón.

Su abnegado, M. Bakunin.»

Cuando en el otoño de 1874, ahora retirado de la vida militante, se propuso escribir sus Memorias —una idea que comunicó a su viejo amigo ruso Ogarev (11 de noviembre de 1874)—, y de las cuales el fragmento «Historia de mi vida», relativo a su infancia, es tal vez la sola parte que se escribió; pidió a Reclus poner éste y otro libro en ciernes de Bakunin en buen francés, pues Bakunin ignoraba las exigencias de las proporciones literarias, y su francés, excelente como era, adolecía de italianismo aquí y allí, después de haber pasado diez años en lugares donde se hablaba italiano. Una carta de Reclus, escrita el 13 de diciembre de 1874, no fue recibida por Bakunin; cuando esto se hizo evidente, Reclus volvió a escribir (La Tour de Peilz), en Clarens, Vaud, con fecha 8 de febrero de 1875; en esta carta asegura a Bakunin que «soy siempre vuestro sincero amigo e independiente hermano», encontrándose casi listo para revisar el manuscrito. «Espero con impaciencia sus «Memorias» y el «Estado de mis ideas». Trabaje, amigo mío, pues tendremos tiempo libre para trabajar. El desbordado río de la Revolución entra de nuevo en su cauce sin haber causado muchos estragos.»

También dice más abajo:

«Debo decirle que no me siento enfadado por lo que ocurre en Francia, aludiendo a la incesante reacción de dicho periodo. La evolución que prosigue su camino, es una normal evolución. Es la burguesía en su estado abstracto, sin tegumentos exteriores, sin los viejos símbolos, la que reinará sobre nosotros. Darán de sí lo mejor que puedan en la medida de su verdadero valor. Pasaremos a través de días muy malos, pero al fin esta experiencia será conclusiva y completa.

Mis pequeñas muchachas, por cuya educación debo dejar Lugano, se están portando bien. Saludos para su esposa y amigos.

Su viejo compañero, Eliseo Reclus.»

(Continuará)

MAX NETTLAU

El pensamiento anarquista

Continuación

« La ambición y el desorden son males que los gobiernos introducen por vía directa sobre multitudes de hombres, a través de la acción de la presión material que ejercen. Pero hay otros males inherentes a la propia existencia de los gobiernos. En principio, el objeto del gobierno es la supresión de la violencia, interna o externa, que amenaza eventualmente el bienestar de la colectividad; pero los medios de que se vale constituyen de por sí una forma sistematizada de violencia » (26).

El mal lo lleva el gobierno en la base de su propia sangre. Como organismo tiende a desarrollarse y a dominar siempre más y esto siempre se lleva a cabo en proporción inversa a la felicidad del individuo : « El deseo de ganar más territorios, de someter o atemorizar a los Estados vecinos, de superarlos en las armas o en la industria, es deseo fundado en el error y el prejuicio. El poder no es la felicidad. La seguridad y la paz son bienes más deseables que una fama capaz de hacer temblar a las naciones. Los hombres somos hermanos. Nos asociamos a través de distintas regiones y latitudes porque la asociación es necesaria para nuestra tranquilidad interna o para defendernos contra el brutal ataque de un enemigo común. Pero la rivalidad entre las naciones es creada por la imaginación. Si la riqueza es nuestra finalidad, ella sólo puede ser conseguida por el comercio. Cuanto mayor sea la capacidad de compra de nuestro vecino, mayor será nuestra oportunidad de vender. En la prosperidad común está el común interés » (27).

« Todos los males comprendidos en la idea abstracta de gobierno, se agravan en relación directa con la magnitud de la zona en que ejercen su jurisdicción y disminuyen proporcionalmente en el sentido opuesto... Las conmociones populares, por otra parte, capaces, como las olas del mar, de producir los más tremendos efectos cuando se manifiestan sobre una extensa superficie, son suaves e inocuos cuando se circunscriben dentro de un humilde lago. La sobriedad y la equidad son propias de los círculos limitados » (28).

La crítica negativa de Godwin empieza a perfilar su deseo constructivo. Sus manifestaciones tienden a una sociedad que esté estructurada a base de reducidos núcleos. El peligro, para Godwin, está en la inmensidad y en los grandes Estados. Su perenne punto de mira es el hombre como in-

dividuo y teme que se convierta en engranaje minúsculo del gran aparato estatal en detrimento de su personalidad y su integridad moral.

No podemos perder de vista que Godwin persigue, por encima de todas las cosas, el bien común, pero no en la forma abstracta que proyecta un Estado próspero en riquezas. El bien común, tal como lo concibe nuestro filósofo es la suma de las felicidades individuales y la prosperidad económica pasa a condición secundaria.

Por ende, considera Godwin : « Las instituciones que la humanidad adoptara en una etapa futura de su progreso, asumirán probablemente formas similares en los diversos países, pues nuestras facultades y nuestras necesidades son semejantes. Pero ha de prevalecer sin duda el sistema de núcleos políticos autónomos, con autoridad sobre pequeñas extensiones territoriales; esto ha de permitir a los habitantes de las mismas decidir mejor las cuestiones que les afectan, puesto que conocen mejor sus comunes necesidades. Ninguna razón aboga en favor de una vasta unidad política, salvo la de la seguridad externa » (29).

Lentamente Godwin va descartando leyes, propiedad privada, guerras, religiones hasta presentarnos su ideal sin gobierno : « He ahí la más espléndida etapa del progreso humano. Con qué deleite ha de mirar hacia adelante todo amigo bien informado de la humanidad, para avizorar el glorioso momento que señala la disolución del gobierno político, el fin de ese bárbaro instrumento de depravación, cuyos infinitos males, incorporados a su propia esencia, sólo pueden eliminarse mediante su completa destrucción » (30). Lo descarta todo previo análisis que sus resabios puritanos no permiten que sea excesivamente objetivo bien, y pese a este mismo puritanismo, no está exento de originalidad.

Para negar el Estado era de rigurosa secuencia atacar los puntos de apoyo que lo sostienen y la piqueta de Godwin lo lleva a cabo con empeño encomiable. La propiedad se ve atacada desde las primeras páginas del libro : « Dos de los más grandes abusos relativos a la política interior de las naciones que prevalecen en esta época en el mundo se admitirá que consisten en el traspaso irregular de la propiedad, primero por la violencia y, en segundo lugar, por el engaño ». « En tal caso ha de observarse primero que en los Estados más cultos de Europa se ha elevado a una altura alarmante la desigualdad de la propiedad » y a

(26) Op. cit. pág. 250.

(27) Op. cit. pág. 248.

(28) Op. cit. pág. 250.

(29) Op. cit. pág. 250.

(30) Op. cit. pág. 258.

este estado de cosas conducen : « En primer lugar, la legislación... en general favorecedora del rico contra el pobre », ya que « el robo y otras ofensas, que la parte rica de la sociedad no siente ninguna tentación de cometer, son tratados como crímenes capitales y acompañados de los castigos más rigurosos, a menudo los más inhumanos. Los ricos son alentados a asociarse para la ejecución de las leyes más parciales y opresivas. Los monopolios y las patentes son dispensados pródigamente a los que puedan comprarlos; mientras tanto la política más vigilante es empleada para impedir las combinaciones de los pobres a fin de fijar el valor del trabajo, privándoles del beneficio de la prudencia y del juicio que elegiría la escena de su industria » (31).

Igualmente censura al que hereda la riqueza como al que la consigue directamente. Del primero afirma que es « despreciable el motivo del aplauso de que es objeto el hombre rico. Aplaudíme porque mi antepasado me legó una vasta propiedad, parece decir su ostentación. ¿Pero qué mérito hay en ello ? », del segundo dirá que « el que haya ascendido de la miseria hasta la opulencia, debió emplear medios que no hablarán muy bien en favor de su honestidad. El hombre más activo e industrioso, logra con grandes esfuerzos resguardar a los suyos de los rigores del hambre » (32).

En la propiedad ve Godwin un motivo del crimen, el mayor motivo : « La fuente más proficua del crimen reside en el hecho de que unos hombres posean en exceso aquello de que otros carecen en absoluto », pero enemigo hasta el fin de la violencia se dirigirá a los ricos para que razonen y cedan buenamente evitando el derramamiento de sangre : « De la actitud de esta clase (la rica) depende sin duda que el futuro de la humanidad sea de tranquilidad o de violencia. Nos dirigiremos a ellos en los siguientes términos : « Es vana vuestra pretensión de luchar contra la verdad. Vale tanto como la de detener los desbordes del océano con vuestras solas manos. Ceded a tiempo. Buscad vuestra seguridad en la contemporización. Si no queréis aceptar los dictados de la justicia política, ceded, al menos, ante un enemigo al que jamás podréis vencer. Muchísimo depende de vosotros. Si sois juiciosos y prudentes, si queréis salvar vuestra vida y vuestro bienestar personal del naufragio del privilegio y la injusticia, tratad de no irritar ni desafiar al pueblo » (33).

También en lo que a la religión concierne Godwin se extiende sobre un tema que le afectó de muy cerca en su infancia y en sus años mozos. La frase con la que remata el segundo capítulo del libro sexto es lapidaria : « Constituye un sacrilegio creer que Dios necesita la alianza del Estado. Debe ser una fe en sumo grado falsa y artificiosa, aquella que necesita, para subsistir, la desgraciada intervención del poder público ». Y más adelante añadirá : « En realidad las religiones constituyen siempre una componenda con los prejuicios

y las debilidades de los hombres. Los creadores de religiones hablaron al mundo en el lenguaje que éste quería escuchar. Pero ya es tiempo de que dejemos las enseñanzas que son convenientes para mentalidades pueriles y de que estudiemos los principios y la naturaleza de las cosas » (34).

La propia institución del matrimonio recibe los dardos de la crítica godwiniana cuando con motivo de tratar el problema de la convivencia roza el tema : « La convivencia permanente no sólo es repudiable porque traba el libre desarrollo del intelecto, sino además, porque es incompatible con las tendencias y las imperfecciones del ser humano. Es absurdo esperar que las propensiones y los deseos de dos personas han de coincidir por tiempo indefinido. Obligarles a vivir siempre juntos equivale a condenarlos a una vida de eternas disputas, rozamientos y desdichas. No puede ocurrir de otro modo, desde que estamos muy lejos de la perfección. La creencia de que una persona necesita compañero vitalicio, se funda en un conjunto de errores. Es fruto de las sugestiones de la cobardía. Surge del deseo de ser amados y estimados por méritos que no poseemos »; « la institución del matrimonio constituye, pues, una forma de fraude permanente » (35).

Nada de violencia, lo hemos visto en diferentes partes de las citas. Godwin sólo confía en la razón, en la educación : « No hay modo eficaz de promover el mejoramiento de las instituciones de un pueblo si no es a través de la ilustración. El que trate de afianzar la autoridad sobre la fuerza y no sobre la razón, podrá ser animado por la intención de hacer un bien, pero en realidad cometerá el mayor daño » (36).

« El pensamiento engendra el pensamiento. Nada puede detener los progresivos avances del espíritu, salvo la opresión. Pero en el régimen que vislumbramos, cada ser humano, lejos de ser oprimido, se sentirá libre, independiente e igual a cualquiera de sus semejantes. Se ha observado que la fundación de una república da lugar a un gran entusiasmo popular y a un irresistible espíritu de iniciativa. Siendo la igualdad la esencia del republicanismo, ¿puede creerse que su influencia será menos eficaz? Es verdad que tarde o temprano este espíritu decae o languidece. El republicanismo no es un remedio que ataque las raíces del mal. La injusticia, la opresión y la miseria pueden hallar refugio bajo la República, pese a su feliz apariencia. ¿Pero qué detendrá el afán de superación y progreso, allí donde el monopolio de la propiedad sea desconocido? Este argumento adquirirá mayor fuerza si reflexionamos acerca de la cantidad de trabajo que será necesario realizar bajo un régimen de propiedad igualitaria. ¿Cuál será la magnitud de los esfuerzos que se supone querrán rehuir muchos integrantes de la sociedad? Se tratará, en conjunto, de una carga tan leve que tendrá la apariencia de un agradable es-

(31) Op. cit. págs. 39-41.

(32) Op. cit. pág. 368.

(33) Op. cit. pág. 411.

(34) Op. cit. pág. 370.

(35) Op. cit. pág. 399.

(36) Op. cit. pág. 246.

parcimiento o de un saludable ejercicio más que de verdadero trabajo. En tal comunidad nadie pretenderá excluirse del deber de realizar un trabajo manual, alegando razones de privilegio o de vocación. No habrá ricos que se tiendan en la indolencia, para engordar a costa del esfuerzo de sus semejantes. El matemático, el poeta, el filósofo, derivarán nuevos estímulos de su trabajo material, que les hará sentir más profundamente su condición de hombres.» Godwin abandona el cálculo frío de las latitudes inglesas y se deja llevar por el entusiasmo que despierta en él la visión de una sociedad futura donde reina la igualdad y «donde no habrá personas ocupadas en manejar los diversos rodajes de la complicada máquina del gobierno; no habrá recaudadores de impuestos, ni alguaciles, ni aduaneros, ni funcionarios o empleados de otra categoría. No habrá ejércitos ni armadas, no habrá cortesanos ni lacayos. Los oficios innecesarios son los que actualmente absorben la actividad de la mayor parte de los habitantes de toda nación civilizada...» (37).

Godwin teme, de las utopías que él conoce, la fase que pone de relieve un sistema semi cuartelario. Por ello trata de descartarlo de su sistema de **propiedad igualitaria**: «No hay necesidad de trabajo en común, ni de comidas en común, ni de almacenes comunes. Estos son métodos erróneos, destinados a costreñir la conducta humana, sin atraer los espíritus. Si no podemos ganar el corazón de las gentes en favor de nuestra causa, no esperemos nada de las leyes compulsivas. Si podemos ganarlo, las leyes están demás. Ese método compulsivo armonizaba con la constitución militar de Esparta, pero es absolutamente indigno de personas que sólo se guían por los principios de la razón y de la justicia. Guardáos de reducir a los hombres a la condición de máquinas. Haced que sólo se gobiernen por su voluntad y sus convicciones» (38).

Kropotkin estaba en lo cierto: la obra de Godwin contenía una exposición completa y sincera del ideario anarquista. Su esfuerzo, sin embargo, fue de poco provecho. Los teóricos del anarquismo del siglo XIX, muy probablemente, aparte el propio Kropotkin, no llegaron a conocerlo.

Por estas paradojas de la historia, la persona que más directamente sufrió la influencia de William Godwin fue, muy posiblemente, Robert Owen quien, de acuerdo con el biógrafo de Godwin, George Woodcock, puede haber inculcado a su vez, el godwinismo en Proudhon cuando ambos tuvieron ocasión de verse en París. «La teoría de cooperación de Owen — dirá Woodcock — convirtiéndose, muchos años después, en el complemento de la libertad individual en la que insistía Godwin y que el comunismo anarquista impulsó hacia adelante a través de Kropotkin y de Eliseo Reclus» (39).

(37) Op. cit. pág. 384.

(38) Op. cit. pág. 395.

(39) George Woodcock. — William Godwin», pág. 249. The Porcupine Press. — Londres, 1946.

Cuando Godwin muere el 7 de abril de 1836 pesa ya sobre él una confabulación del olvido que se entreabrirá un momento para permitir al «Gentleman's Magazine» un párrafo insultante: «Habría sido mejor para la humanidad el que este hombre no hubiera existido jamás.»

EL ANARQUISMO

PROUDHON

CAPITULO IV

Nuestro capítulo anterior termina con una cita que hace George Woodcock en la biografía que le dedica a William Godwin. Es el mismo Woodcock quien nos ayuda a iniciar este nuevo capítulo cuando reconoce que: «El pensador social de quien arranca el movimiento libertario fue Pedro José Proudhon quien marcó la distinción en el pensamiento libertario y político muy claramente, cuando dijo:

«Todos los partidos sin excepción, en tanto que desearios de lograr el poder, son variedades de absolutismo, y no habrá libertad para los ciudadanos, ni orden para las sociedades, ni unión entre los trabajadores hasta que en el catecismo político, el renunciamento a la autoridad haya remplazado a la fe en la autoridad. No más partidos, no más autoridad, absoluta libertad del hombre y del ciudadano. Esta es mi confesión de fe política y social.» (1).

Ya en las primeras páginas de este ensayo hemos tenido ocasión de citar el pasaje de Proudhon en «Qu'est-ce que la Propriété», donde nuestro filósofo se proclama abiertamente anarquista en 1840. Después de Godwin, pues, cuarenta y siete años fueron necesarios para que el ideal anárquico irrumpiera decididamente en el campo social. Tuvo que pasar la Convención, el Directorio, el Consulado, el Imperio, la Restauración, la Nueva Carta, Luis Felipe, en fin, para que el despunte del pensamiento social empezara a perfilarse de nuevo en Francia.

Tocaba a Proudhon el dejar la timidez que aún se manifiesta en Godwin y declarar abiertamente que: «La política es la ciencia de la libertad: el gobierno del hombre por el hombre, bajo no importa que nombre se disfraza, es la opresión; la más alta perfección de la sociedad se encuentra en la unión del orden y de la anarquía» (2), pensamiento precursor del que, medio siglo más tarde, nos legara Eliseo Reclus: «La Anarquía es la más alta expresión del orden.»

A partir de Proudhon, la concepción de un régimen que elimine la presencia del Estado y abogue por un máximo de libertad, tiene ya un nombre: el anarquismo, y si bien Proudhon, preso del ambiente y la costumbre, dejará escapar alguna que

(1) George Woodcock: «William Godwin». Pág. 253-4. The Porcupine Press. Londres, 1946.

(2) P. J. Proudhon: «Qu'est-ce que la Propriété». Página 346. Marcel Rivière. Paris, 1926. Proudhon hará un hincapié permanente en el asociar el orden y la anarquía. En la misma obra —pág. 339—, dirá: «De la misma manera que el hombre busca la justicia en la igualdad, la sociedad busca el orden en la anarquía.»

otra vez el concepto peyorativo del vocablo cuando en sus «*Système des Contradictions Economiques*» habla de «la protesta, con razón, contra esta competencia anarquista» y, sobre todo cuando en «*De la Capacité Politique des Classes Ouvrières*», deja escapar: «La ausencia de unidad ha sido concebida como el principio del reino satánico: la anarquía, la disolución, es la muerte»; la palabra seguirá abriéndose camino y, como hemos señalado en anteriores ocasiones, ganándose un puesto en el campo de la palestra social como único ideal que concibe una sociedad, lo más libre posible, sin la presencia del Estado y de la Autoridad.

G. D. H. Cole dirá, al estudiar a Proudhon: «En realidad merece llamársele el padre del movimiento anarquista, aunque como hemos visto la teoría del anarquismo había sido ya desarrollada, antes de que surgiese el nombre, por bastantes escritores anteriores, sobre todo por William Godwin» (3).

En Proudhon hallaremos ya todos los materiales necesarios para edificar un sistema social completo y aunque corrientes anarquistas más recientes hayan abrazado otras direcciones que las fijadas por Proudhon y hayan desestimado el mutualismo, el banco del crédito gratuito, su evolucionismo y su alergia a la huelga como medida de reivindicación económica, la actualidad de Proudhon tiene tanta importancia en el siglo XX como la tuvo en el siglo XIX y en sus múltiples obras van los anarquistas modernos a documentarse y a fortalecer sus conceptos con igual provecho que lo hicieron Kropotkin, Bakunin, Guillaume y el propio Marx en el siglo pasado.

La viga maestra proudhoniana es la Justicia como muy bien lo ha puesto de relieve Paul Eltzbacher (4). Proudhon es, como Gowin, moralista y evolucionista. En diferentes parte de su obra ya nos advierte de que él no es un «*basculateur*» y de que la violencia no conduce a ninguna parte. Sus herramientas para hacer nueva sociedad, a pesar de que en su obra sobre el «*Sistema de las Contradicciones Económicas*» esgrima la consigna latina «*Destruam et aedificabo*», son el trabajo, la justicia, la libertad, el libre contrato.

De su último capítulo del libro sobre la propiedad son estos pasajes: «El **derecho** es el conjunto de principios que rigen la sociedad; la justicia, en el hombre, es el respeto y la observación de estos principios. Practicar la justicia es obedecer el instinto social; hacer acto de justicia, es hacer un acto de sociedad. Entonces, si observamos la conducta de los hombres, entre ellos en un cierto

hacen sociedad; el resultado nos dará, por inducción, la ley.

Empecemos por los casos más simples y menos dudosos.

«La madre que defiende a su hijo con peligro de su propia vida y que se priva de todo para alimentarlo, hace sociedad con él: es una buena madre; aquella que, por el contrario, abandona a su hijo, es infiel al instinto social, del cual, el amor maternal es una de sus numerosas formas: es una madre desnaturalizada.»

«Si me arrojo al agua para retirar a un hombre en peligro de perecer, soy su hermano, su asociado; si en lugar de socorrerlo, lo hundo, soy su enemigo, su asesino.»

«... es por la reflexión y el razonamiento del que parecemos dotados exclusivamente (frente a los animales) que nosotros sabemos que es nocivo, para los otros y para nosotros, resistir al instinto de sociedad que nos gobierna y que llamamos **justicia**; es la razón que nos enseña que el hombre egoísta, ladrón, asesino, traidor a la sociedad, en una palabra, peca contra la naturaleza y se vuelve culpable hacia los otros y hacia él mismo cuando hace el mal con conocimiento de causa.» La justicia, añadirá Proudhon, se puede definir como «El reconocimiento en el prójimo, de una personalidad igual a la nuestra», «**Sociedad, justicia, equidad**, son tres términos equivalentes». «La equidad es la sociabilidad elevada por la razón y la justicia hasta el ideal; su carácter más ordinario es la **urbanidad** o la **educación**, que, en ciertos pueblos, resume por sí sola casi todos los deberes de la sociedad.»

«El pauperismo, los crímenes, las revueltas, las guerras, han tenido, como madre, la desigualdad de condiciones que fue hija, a su vez, de la propiedad, la cual nació del egoísmo, que fue engendrada por el sentido privado, que descende en línea recta de la autocracia de la razón. El hombre no ha empezado ni por el crimen, ni por el salvajismo, sino por la infancia, la ignorancia, la inexperiencia. Dotado de instintos imperiosos, mal situados bajo la condición del razonamiento, primero reflexiona poco y razona mal; después, a fuerza de errores, poco a poco sus ideas se enderezan y su razón se perfecciona.»

«En una sociedad determinada, la autoridad del hombre sobre el hombre está en razón inversa del desarrollo intelectual al cual dicha sociedad ha llegado, y la durada probable de esta autoridad puede ser calculada sobre el deseo general de un gobierno verdadero, es decir, de un gobierno según la ciencia.» (1).

Sobre la justicia, cimiento básico del ideal proudhoniano, por ser motivo de fondo para nuestro filósofo, hay pasajes excelsos a lo largo de su obra: «Debo respetar y, si puedo, hacer respetar al prójimo como a mí mismo, tal es la ley de la conciencia. ¿En consideración de qué le debo yo este respeto? ... lo que yo respeto en mi semejante no son las dotes de la naturaleza o los encantos de

(3) G. R. H. Cole: «Historia del Pensamiento Socialista». Vol. I, pág. 219. Fondo de Cultura Económica. México, 1957.

(4) Es lo que trata de demostrar, a su vez, Roger Picard, al introducir a Proudhon y su «Sistema de las Contradicciones Económicas» cuando señala que Marx ha «discernido con un instinto muy seguro el nervio del pensamiento de Proudhon, que es y que lo será todo, a través de su obra, la idea de la justicia». número de diferentes circunstancias, nos será fácil reconocer cuándo hacen sociedad y cuándo no

(5) P. J. P.: «Qu'est-ce que la Propriété»; pág. 298 y siguientes.

la fortuna; no es ni su buey ni su asno, ni su sirviente, como dice el decálogo; ni inclusive el saludo que yo espero de él a cambio del mío: es su cualidad de hombre» (6).

«Todo lo que la sabiduría humana ha enseñado como lo más razonable en lo que a la justicia concierne, está contenido en este adagio: **Haz a los otros lo que quieres que se te haga; no hagas a los demás lo que no desees que los demás te hagan**» (7).

«Que todo el tiempo que el hombre trabaje para subsistir y trabaje libremente, la justicia será la condición de la fraternidad y la base de la asociación» (8).

Su obra más extensa y, según varios críticos y sociólogos, una de las más sólidas, está dedicada a la justicia precisamente, su título: «De la Justice dans la Révolution et dans l'Eglise».

Se dirá que la justicia está implícita en la mayoría de los teóricos sociales, pero nadie le ha dedicado tanto tiempo, afección y estudio como Proudhon. Un ideal cimentado en la justicia que es capaz de anular y hacer innecesario el Estado, para un escritor que empieza prácticamente a cero, ya que, según dice Cole, sólo conoció a Godwin de oídas y a través de Owen, posiblemente (9), sin puntos de apoyo como los que él ofrece posteriormente a Bakunin, Kropotkin, Guillaume y todos los anarquistas, es de una importancia que no se ha sabido ponderar lo suficiente.

La justicia implica la libertad para Smith, el interés general para Locke y Quesnay, el deber de conciencia para Kant. Es subjetiva para los Saint-Simonianos, positiva en Conte, empero, en ninguno de ellos tiene un puesto de realce tan importante como vemos en Proudhon.

La antipatía y la incompatibilidad de caracteres existente entre Proudhon y Marx ha motivado, debido al auge del marxismo, su entronización en Rusia y el culto cada vez más creciente por la autoridad, la propagación de un concepto falso sobre Proudhon que arranca de la célebre disputa que ambos entablaron y que alcanzó su punto culmi-

tema de las Contradicciones Económicas o Filosofía de la Miseria» (1846).

Desde entonces se ha tratado de desvirtuar a Proudhon y toda una Academia de Ciencias de la URSS no titubea en descender a terrenos poco científicos para ensañarse, con la calumnia inclusive, con Proudhon y el anarquismo: «Ya en la primera etapa de su desarrollo (el marxismo) quedó establecido, con precisión, el deslinde entre la concepción científica del mundo por el proletariado y por la burguesía, así como el alejamiento de todas las corrientes pseudo-socialistas y socialistas utópicas —portavoces siempre de la ideología burguesa y en algunos casos de la feudal (el «socialismo feudal») — que se manifestaban entre el proletariado. Una de estas corrientes pseudo socialistas estaba representada por la teoría surgida en la década del 40, de Proudhon, uno de los progenitores del anarquismo y del social-oportunismo.

«Ya se ha señalado que, en el libro «Miseria de la Filosofía», aparecido en 1847, Marx había puesto al descubierto de modo brillante la esencia reaccionaria, la ideología que lo burguesa, de Proudhon» (10).

Ahora bien, el modo brillante con que Marx pone a descubierto la «esencia reaccionaria y pequeño burguesa de Proudhon», la etiqueta pulverizadora de la calumnia endosada al adversario, fue de una mediocridad tal que hasta pasa desapercibida como señala Benoit Malon en su artículo «Karl Marx et Proudhon», aparecido en la Revue Socialiste del mes de enero de 1887, y, añade, que Marx continuó ignorado del público francés. Siete años más tarde, en 1894, el alemán Muelberger en su trabajo «Zur Kenntniss des marxismus» va más lejos y tilda el trabajo de Marx de ininteligente e injusto.

Proudhon, que tuvo la visión de no contestar a Marx, lo que exasperó aún más a éste, se limitó a escribir unas acotaciones al margen de las páginas en las que señala, numerosas veces, que lo dicho por Marx es una repetición de sus conceptos y teorías. En la página 106, por ejemplo, escribe Proudhon: «He ahí, pues, que tengo la desgracia de pensar aún como usted! La verdadera causa de la obra de Marx es que él lamenta el que por todas partes haya yo pensado como él y que lo haya dicho antes que él. Toca al lector el creer que es Marx quien, después de haberme leído, lamenta pensar como yo. ¡Qué hombre! Más lejos, en la acotación correspondiente a la página 111, leemos: «¡Qué tontería después de lo que yo he escrito! Verdaderamente, Marx está celoso.»

(10) Academia de Ciencias de la URSS: «Historia de las Ideas Políticas»; pág. 517. Editorial Cartago. Buenos Aires, 1959.

(6) P. J. P.: «De la Justice dans la Révolution et dans l'Eglise». Vol. I. Citado por Paul Eltsbacher en «L'Anarchisme», pág. 96. Marcel Giard. Paris, 1923.

(7) «Qu'est-ce que la Propriété». Págs. 143-4.

(8) P. J. P.: «Système des Contradictions Economiques». Vol. I, pág. 104. Marcel Rivière. Paris, 1923.

(9) Bien que Proudhon lo cita, a Godwin, siempre lo hace en términos colectivos y para engrosar la nómina de las personas citadas. Por otra parte, el nombre de Godwin aparece muy pocas veces en la obra proudhoniana. En el Vol. II de sus «Systèmes des Contradictions Economiques», pág. 342, leemos: «Malthus era sincero cuando, respondiendo a los hipótesis del comunismo de Wallace, Condorcet, Godwin, Owen...»
nante con la publicación de la obra de Marx «La Miseria de la Filosofía» (1847), contestación al «Sis-

GRAFICOS DE AYER Y DE HOY



Por ahora...

¿...?

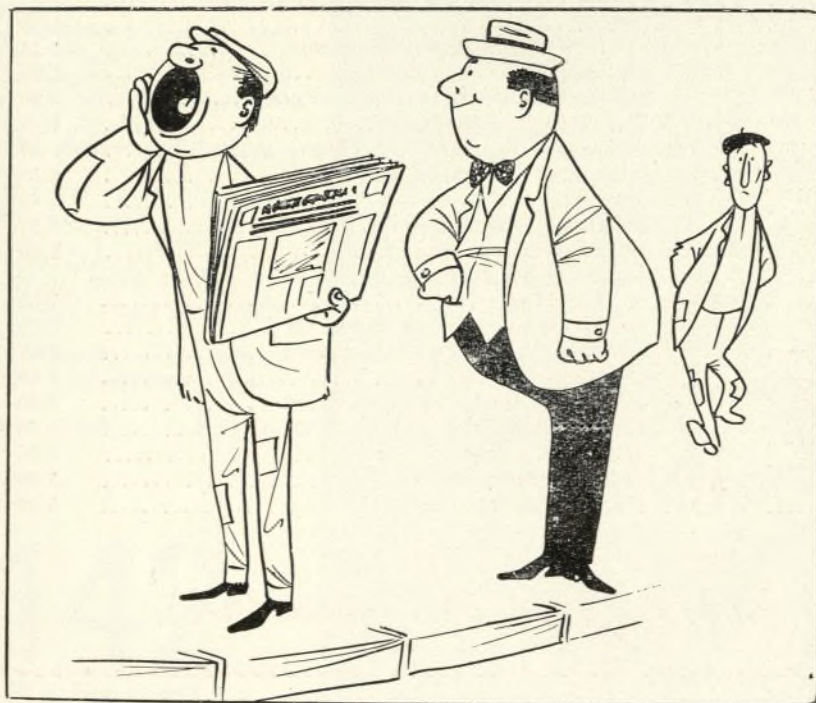
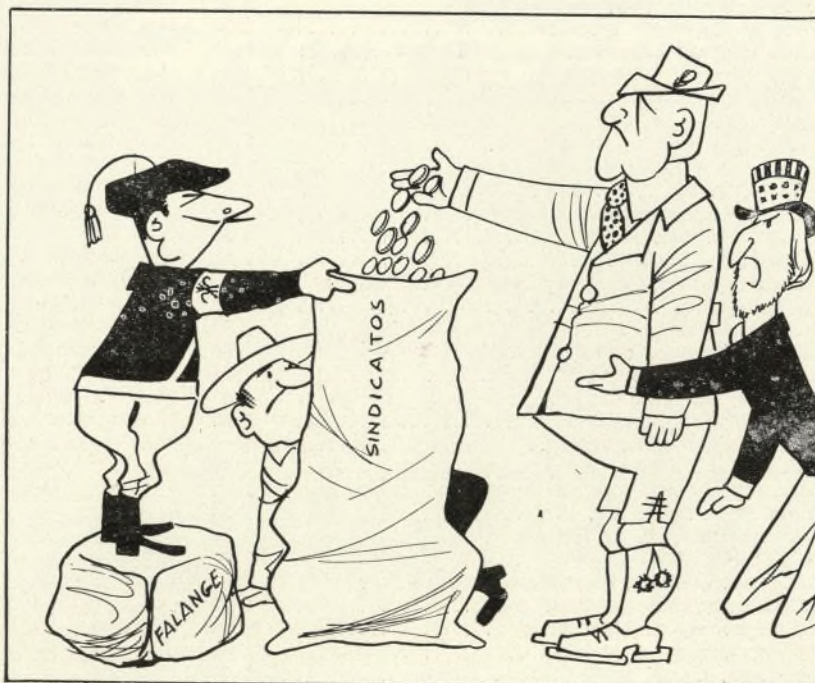
No podéis decir que no ayudamos.

Ese que está detrás no tiene más que hacer como el que apara el saco... y veréis cómo también le daremos.

No es culpa nuestra si no dáis señales de más amplia actividad...

Es decir, ¡venced! y nos tendréis a nuestro lado.

Mientras: ¡Ay del vencido!



De momento...

Un ministro falangista ha dicho que en España no hay censura de prensa.

Ello quiere decir que hay libertad de imprenta, libertad de escribir.

Al compañero Llatser, último director de «Soli» clandestina, que sabe lo qué es intentar usar de esa libertad, le hemos preguntado y nos ha dicho:

«Hay libertad de escribir... lo que quieren los directores... que los nazis pagan y autorizan... claro está, a favor, en provecho y para regocijo de los que tienen dinero.»

Nunca croquis como éste ha sido más actual.

Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores las obras siguientes:

EN CASTELLANO

«Problemas sociales de Derecho Penal»,	5 00
«Problemas y cintarazos», J. Peiró	3 00
«Prosas», Berceos	2 40
«Psicoanálisis del hombre», G. Richard	3 00
«Psicoanálisis y Religión», E. Fromm	6 00
«Pueblos y Razas», Antología	6 50
«Puerto Chol», M. Luya	4 00
«¿Qué es el arte?», Tolstoi	1 20
«¿Qué es la sociología?», Bougle	2 00
«Quinet», Alaiz	5 00
«Racismo, Nacionalismo», Ribe	2 00
«Raíces al cielo», Rojas	3 50
«Rebeca», D. Maurier	1 80
«Régimen político y de convivencia en España», A. Zamora	4 00
«Reivindicación de la libertad», G. Ernestán	1 00
«Resplandor en el cielo», Waldick	7 00
«Retorno al amanecer», V. Baum	2 00
«Ricardo», E. Castelar	1 20
«Robespierre», Korngald	5 60
«Rojo y Negro», Stendhal	5 00
«Romance del amor», R. de León	9 00
«Romeo y Julieta», Shakespeare	1 00
«Rosas de la tarde», V. Vila	2 50
«Shopenhauer», T. H. Rileot	4 50
«Se alquila», J. Galsworthy	6 80
«Seis cuentos de un conocido», Castellar	3 60
«Selma Lagerloff», A. Jansen	3 50
«Shakespeare», G. Landauer	12 00
«Silvia», Gerard de Nerval	1 50
«Sinónimos Castellanos», Roque Barcia	5 00
«Stefan Zweig», F. M. Zweig	4 90
«Stendhal», S. Zweig	1 20
«Teatro», Cervantes	2 50
«Teatro», Feijoo	4 50
«Teatro argentino» (dos vol.),	16 00
«Teatro completo», R. González Pacheco (dos to- mos)	10 00
«Teoría de la acción», J. A. Dos Reis	2 00
«Testimonio sobre la Revolución Cubana», A. Sou- chy	1 40
«Traición por traición», E. Zamacois	1 20
«Tratado del encadenamiento de las ideas», Cour- not	7 50
«Tratado de los deberes», Cicerón	3 00
«Tres camaradas», E. M. Remarque	3 50
«Tres maestros», S. Zweig	1 20
«Trust y Carteles», R. Lewinson	5 60
«Una hija de las nieves», J. London	6 00
«Un hombre se asoma a su pasado», C. Weyer ..	5 00
«Veinte años de lucha y experiencia», D. A. Po- rras	4 25
«24 horas de la vida», S. Zweig	1 20
«Viaje al Congo», A. Gide	4 00
«Verbo de admonición», V. Vila	2 50

EN FRANCES

«Juan de Mairena», Machado	6 90
«Juan Maragall», Corredor	3 40
«La mécanique de la vie», Le Dantec	2 00
«Le guide des convenances», Plusieurs	3 40
«Le jardin d'Epicure», A. France	4 50
«Le jardin des supplices», O. Mirbeau	2 50
«Le militarisme», G. Ferrero	3 50
«L'Enéide», Delille	5 00
«L'envers du journal», Gide	3 00
«Le paradis perdu», Delille	5 00
«Le sang plus vite», Garcia Calderón	3 75
«Les armoires frigorifiques», Degoix	5 80
«Les bandits tragiques», V. Méric	2 90
«Les Chouans», H. de Balzac	2 00
«Les damnés de la guerre», R. Mondin	2 00
«Les derniers jours de Pékin», P. Loti	2 00
«Les fleurs du mal», Baudelaire	3 10
«Les géorgiques», Delille	5 00
«Les influences ancestrales», F. Le Dantec	3 40
«Les maximes», La Rochefoucauld	2 00
«Les mystères des couvents», Princesse de Torino ..	4 00
«Les sorcières de Salem», A. Miller	5 50
«Les trois règnes de la nature», Delille	5 00
«Le suaire de Turin», Abbé Turmel	1 50
«Le théâtre d'Ibsen», Lourrié	2 00
«Le tourment du passé», A. Breton	4 00
«Lettres inédites sur l'iniquité moderne»	2 50
«L'évolution des idées», Ribot	3 00
«L'imagination», Delille	5 00
«L'incubation artificielle», G. Paulan	3 10
«Livre blanc sur les camps d'internement en Es- pagne»	4 50
«Livre blanc sur les camps d'internement en Grè- ce»	4 50
«L'Unité coopérative», Fournière	1 50
«Mandateli Lassus», Galleani	2 00
«Manuel d'économie», G. Delarche	3 00
«Manuel du Bâtiment»	4 00
«Marceline Desbordes», S. Zweig	1 20
«Mauvaise graine», M. Azuela	2 50
«Mécanique de la vie», Le Dantec	1 00
«Miettes de mon enfance», Rictor	1 00
«Miséricordes», Galdos	1 00
«Notre Dame de Paris» (2 vol. 2 50 x 2 00), Vic- tor Hugo	5 00
«Notre destinée et nos instincts»	5 25
«Evres» (jours d'exil), Cœurderoy	9 00
«Fensées», Pascal	9 00
«Pour assurer la paix», Besnard	2 60
«Pour vaincre sans violence», B. de Ligt	1 50
«Frères et moines», Dubois	5 00
«Propos subversifs», Faure	5 00
«Quais aux fleurs», Salvy	5 00

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2^{ème} - Toulouse (H.-G.)